

H  
056  
B 3296  
CR

# Brecha

Año 5 :—: ARTES :—: MARZO DE 1961 :—: LETRAS :—: No. 7

Secretario del Consejo de Redacción: Arturo Echeverría Loría — Teléf. 5640 - Apdo. 1157 - San José, Costa Rica

Edita: BRECHA — "ES EL ARTE EL QUE VENCE EL ESPACIO Y EL TIEMPO".—Rubén Darío — Precio: ₡ 1.25

## TRADICIONES COSTARRICENSES

# El Ardido Amoroso de Quirós

A don Juan Trejos Quirós

Por Gonzalo CHACON TREJOS

En 1830 las devotas hermanas Jerónima y María Concepción Quirós donaron un terreno en San José para una iglesia que allí se erigió algunos años después. En esa propiedad, que era esquinera y céntrica, vivían las Quirós y allí tenían, desde hacía años un oratorio donde iban los familiares y algunos vecinos para rezar en lugar apartado y quieto, rosarios, trisagios, viacrucis, novenas y otras devociones. En ese escogido vecindario habitaban, en casa propia, don Luis Morales, su esposa doña Petronila Valverde y sus hijos.

Las familias Quirós y Morales eran gentes de bien, acomodadas, trabajadoras y piadosas. En 1830 tenía Juana, hija de los Morales Valverde, trece años y dieciocho su vecino José de Jesús Quirós Blanco, quienes se enamoraron con pasión vehemente. Juanita era bonita, graciosa; Quirós bien parecido, simpático, de buenas costumbres. Pocos años después se casaron, con el indispensable consentimiento de sus padres. De esa unión nacieron dos hijos; a poco mu-

rió José de Jesús. La muerte de su joven esposo le causó a Juanita un dolor tan profundo que se convirtió en la imagen viva de la desolación, en viuda inconsolable.

Pasaba el tiempo, ese eficaz remedio de penas y desastres, pero el duelo de Juanita persistía inexorable.

Joven, bella, hacendosa, con algún caudal, fue objeto de asiduas atenciones, finezas y discreto galanteo que le prodigaba el primo de su difunto esposo, José Antonio Quirós Rojas. La viuda, sumamente recogida y piadosa, pasaba largos ratos en el oratorio de las Quirós pidiendo a Dios y a los Santos resignación y consuelo. El constante cortejo de José Antonio la azoraba, la preocupaba, le producía inquietudes y crispaciones nerviosas que ella, naturalmente, atribuía a tentaciones del Malo, porque le habían enseñado que una viuda de su clase se debe a sus hijos y a la memoria del difunto. El luto, que debía guardar tres años, lo cumplió a cabalidad, con el rigor que imponía la cos-

tumbre en la sociedad a que ella pertenecía, por lo cual en su casa cerraron las ventanas que daban a la calle; la puerta de entrada, que acostumbraban tener abierta, permanecía cerrada. En las bancas, asientos y taburetes de la sala pusieron lazos negros; negras eran las cortinas de las ventanas, negra la tela con que cubrieron el espejo para que no fuera pecaminoso incitador de vanidades, negras las colgaduras de la amplia cama de pabellón donde la joven viuda sollozaba a veces inconsolable, nerviosa, inquieta.

Pasado el primer año de luto se permitió salir, por primera vez, no a la iglesia, adonde iba a menudo, sino de visitas; lo hizo muy emocionada, vestida de negro desde los botines hasta la cabeza, peinada liso el pelo hacia atrás, sin adorno alguno y tan cobijada que sólo se le veía los ojos y la nariz. Debía caminar lentamente, con la mirada fija en el suelo, para que se viera que de las pestañas bajas descendía un efluvio de melancolía, recogimiento y tristeza resignada.

Así se usaba, así lo exigían la costumbre, la moda, la elegancia en los duelos de las viudas.

Si con cualquier motivo, dentro de la casa alguien soltaba una risotada, al momento venía la severa reprobación: risas en esta casa no! silencio!

Si por caso, alguien decía un ajo, fuera festivo, admirativo o de enojo, al punto era regañado el ofensor: ¡nada de ajos en esta casa, que estamos de luto riguroso!

En cuanto a música, canciones o cualquiera otra manifestación de regocijo, eso ni soñar! pues con ello se ofendería gravemente al difunto, al decoro que debe guardar, en duelo semejante una familia decente, temerosa de Dios, consciente de su categoría.

Todo eso del luto riguroso e interminable desesperaba al enamorado Juan Antonio que ya no perdía oportunidad para manifestarle a la viuda su amorosa pretensión. Las ocasiones se presentaban a menudo pues eran vecinos cer-

canos. Pero Juanita lo esquivaba, le huía, espantada de encontrarlo atrayente, ella que debía pensar sólo en el propio decoro de viuda irrepachable. Y eso era, justamente, lo que encendía con más furia el fuego del amor en el corazón de José Antonio.

Cuando había ya pasado el tiempo de luto riguroso, que la viuda se empeñaba en mantener, el pertinaz Quirós decidió maquinar una estrategia. Después de pensarlo bien acechó la oportunidad y puso en práctica un ardid, el famoso ardid amoroso de Quirós. Acostumbraba Juanita, después de la merienda, hacia las tres de la tarde, hacer oración en casa de las niñas Jerónima y Concepción. Una tarde llegó, se arrodilló en el oratorio, solitario a esa hora, se persiguió y dijo con voz audible, doliente:

¡Ay, mi Dios!

En el silencio y semi obscuridad del oratorio, con indecible asombro oyó una voz lejana, grave, severa que le respondía:

No  
hay  
Dios  
para  
vos

Crédula, ofuscada, temblorosa, la pobre Juanita no dudó que era la voz del cielo la que le contestaba. Dulcemente sollozó:

¿Por qué, mi Dios?

La voz de ultratumba respondió, más lenta, más severa, más grave:

Porque  
no  
te  
casas  
con  
José  
Antonio  
Quirós

Confusa, absorta, enajenada estuvo Juanita por un rato; luego, ya serenada, casi tranquila, con el corazón henchido de esperanza y la mente de ilusiones, salió del ora-

torio y se encaminó alegremente hacia su casa. En su ser sentía una transición, un cambio repentino, violento, de sentimientos y emociones de tal manera que al día siguiente las puertas y ventanas permanecieron abiertas, anuncio de la terminación del luto; quitó el negro crespón que cubría el espejo, ahora revelador de gracias y hermosura; desaparecieron los fúnebres cortinajes de la cama y otros muebles que ahora lucían alegres, renovados, relucientes. Vestida de claro, peinada de rodete y crespos, bonita como onza de oro, en el primer encuentro le sonrió graciosamente a José Antonio. Los ojos se miraron intensamente cargados de amorosa pasión.

José Antonio Quirós era entonces oficial de infantería. Alto, gallardo, el aire marcial, el bigote agresivo, crespas las románticas patillas, lo favorecía el uniforme, magnético atractivo para las mujeres. Los viriles veintiocho años de Quirós y los floridos veintisiete de la despampanante viudita ocasionaron lo que dichosamente tenía que acontecer. Se casaron, tuvieron muchos hijos y vivieron muchos años estrechamente unidos, hasta que la muerte los separó.

### EPILOGO

El ardid de Quirós no pa-

saría de ser una anécdota con algún color y ambiente de la época en que ocurrió si no fuera por las excelentes consecuencias prolíficas que tuvo para Costa Rica. El ardid, como fácilmente adivinará el lector, consistió en ocultarse astutamente en el oratorio, donde está ahora la Iglesia del Carmen, en cuya puerta central hay una placa de mármol que dice:

**Esta Iglesia fue construída en terreno donado por las señoritas Jerónima y M<sup>a</sup> Concepción Quirós y Castro el 28 de Diciembre de 1830.**

Este epílogo tiene, a mi ver, enorme importancia, de que carece el relato que le da origen, como verá quien lea lo que sigue.

Doña Juana Morales tuvo dos hijos del primer matrimonio y la friolera de doce del segundo. Sólo me ocuparé de los hijos que alcanzaron edad adulta o dejaron descendencia. Don Teodorico Quirós Morales, del primer matrimonio, murió trágicamente en San José el 7 de noviembre de 1889 por un balazo de remington que le disparó un centinela que le dio el ¡alto!. Cumplió el centinela, a ojos cerrados, cuando don Teodorico siguió caminando tranquilamente por media calle en dirección de la casa de su cuñado el doctor don Carlos Du-

rán, quien acababa de recibir la presidencia de la República de manos del Lic. D. Bernardo Soto, con motivo de la revuelta y asonada popular de ese día. La muerte de don Teodorico indignó y conmovió al país. Del segundo matrimonio era don Manuel Antonio Quirós Morales, ingeniero, matemático, banquero que casó con la hermosa señorita Clotilde Alvarado, descendiente del conquistador Jorge de Alvarado, hermano del no menos famoso Pedro de Alvarado, el del salto legendario cuando acompañaba a Hernán Cortés en la conquista de México. De ese matrimonio es hijo nuestro insigne artista, arquitecto, dibujante y pintor Teodorico (Kiko) Quirós Alvarado.

En el arte de casamentar fue doña Juana una maravilla. Casó a sus hijas con verdaderas notabilidades, con hombres que alcanzaron preeminencia en Costa Rica y fundaron familias de mucha distinción que han dado, dan y darán renombre y lustre a nuestro país. Sabemos que favoreció a doña Juana la circunstancia decisiva de ser todas sus hijas bien educadas, inteligentes, hacendosas, muy lindas, muy graciosas, muy encantadoras. Fueron las niñas Quirós Morales dechados de virtudes y perfecciones. Casó Esmeralda, la mayor, con el héroe de la campaña nacional de 1856 general don Víctor Guardia; Dolores (Lola) con el ilustre médico y patriota doctor don Carlos Durán; Pacífica, con el delicado y culto artista, de origen francés, don Mateo Fournier Hetch; Carolina, con el sabio profesor de derecho, licenciado don Alejandro Alvarado García, que fue Presidente de la Corte Suprema de Justicia; Delfina, con el distinguido millonario banquero español don Adrián Collado Benet. Dejo harto probado que doña Juana era, en el arte de casamentar, un verdadero portento, por cuyo motivo y consecuencia nos ufanamos de contar con sus hijos, nietos, bisnietos, choznos y lo que siga de las muy distinguidas familias:



Guardia - Quirós  
 Durán - Quirós  
 Fournier - Quirós  
 Alvarado - Quirós  
 Collado - Quirós  
 Quirós - Alvarado

Don José Antonio Quirós alcanzó el grado de coronel. No he investigado las hazañas bélicas del coronel Quirós, pero sí en la guerra empleó ardides de audaz eficacia como el que usó en las lides del amor, debieron ascenderlo, por lo menos, a general de brigada. No he podido encontrar, a pesar de mis esfuerzos, la fecha de su fallecimiento pero sí la de doña Juana quien murió en San José, a la edad de 83 años, el 3 de noviembre de 1889.

El segundo y último hijo del primer matrimonio de doña Juana, don Teodorico, nació en 1838 puesto que murió en 1889 a la edad de 51 años. La primera hija del segundo matrimonio, doña Esmeralda, nació en 1845 pues murió en San José el 4 de diciembre de 1895 de 50 años de edad. Doña Carolina murió en San Jo-

sé el 27 de abril de 1941 de 94 años. Según la partida de defunción nació doña Juana en 1816 y según el testamento en 1817; éste lo otorgó el 9 de octubre de 1854, junto con su esposo, ante el Alcalde Segundo de San José en el que declaran tener él 38 años y ella 37.

Estas fechas me permiten barruntar que el primer matrimonio de doña Juana se efectuó hacia 1835 y el segundo hacia 1843. Estas fechas, poco seguras, las doy por la imposibilidad actual de obtenerlas donde con seguridad están: en el archivo de la Curia. En el edificio de la Curia, antiguo palacio episcopal, adyacente a la Catedral, hay ahora montones de escombros, ladrillos, tierra, pues están haciendo grandes reformas que incluyen un túnel profundo para conectarlo con la residencia del Arzobispo. El archivo eclesiástico, ese ingente, inapreciable tesoro está provisionalmente guardado en cajones inaccesibles, por allá en un Colegio Seminario, según me han informado; lo vi-

gila con gran interés y cariño el ilustrísimo Arzobispo de San José Monseñor Carlos Humberto Rodríguez Quirós, pariente del protagonista de "El Ardid Amoroso de Quirós".

Doña Juana Morales Valverde es tía bisabuela del Presidente de la República don Mario Echandi porque doña Ramona Morales Valverde, hermana de doña Juana, casó

con don José Antonio Echandi Hidalgo, bisabuelo de don Mario.

Quienes gustan de nuestras tradiciones quizá opinen conmigo que en ésta es más interesante el epílogo que aquí termina.

**Gonzalo CHACON TREJOS**

San Rafael, Tres Ríos.  
 Marzo de 1961.



# Librería ANTONIO LEHMANN

en su Departamento de Libros, OFRECE:

## La ENCICLOPEDIA CULTURAL UNIVERSITAS

LA MAS COMPLETA OBRA EN SU GENERO QUE CONSTITUYE TODA UNA BIBLIOTECA.

- "UNIVERSITAS" reúne cuántos conocimientos son necesarios y hasta indispensables para triunfar con verdadera eficacia en la vida moderna.
- "UNIVERSITAS" es una obra especial concebida y realizada especialmente para el público de habla española y en la que han tomado parte más de cien especialistas de renombre mundial, en todas las ramas del saber.

El estilo ágil y claro con que han sido redactados todos sus artículos hacen que cada página se lea con auténtico interés.

**Busque "UNIVERSITAS"**

PUEDE USTED ADQUIRIRLA EN FACILES PAGOS MENSUALES en la

**"LIBRERIA ANTONIO LEHMANN"**

- "UNIVERSITAS" es la enciclopedia más MODERNA y MAS UTIL.

ES LA ENCICLOPEDIA CULTURAL DE MAS PRESTIGIO.

# RENE DOUMIC

...(Escenas Junto a Mi Vida)...

Por ENRIQUE MACAYA L.

De la suavidad de aquel atardecer —tan honda y tan sutil— nunca podré olvidarme. Entré al Jardín de Luxemburgo por la puerta grande que da sobre la Plaza de Medicis. Era ya el mes de Julio tardío con sus días largos y sus noches cálidas. Antes de que dieran el toque —con una inapropiada corneta militar— indicando que ya era el momento de cerrar el jardín para el público, me interné bosque adentro hasta llegar cerca de la estatua de Verlaine. El atardecer se doraba cada vez más y las sombras se alargaban en una profunda quietud de verano tibio y aromado.

Las sillas —de metal, rústicas e incómodas— abundan en el Jardín de Luxemburgo. Son sillas pequeñas, humanamente dóciles; se pueden acercar fácilmente las unas a las otras para formar tertulias improvisadas o alejarse individualmente si se prefiere la soledad, la quietud y el reposo.

La silla que yo ocupé estaba cerca de otra vacía. Pasaron algunos minutos en los que el paisaje parecía buscar una íntima presencia; esos minutos de reflejos de alma en que los pequeños detalles de las cosas se adentran en los sentidos y que Azorín ha interpretado tan maravillosamente por los carninos, en las aldeas y en los parques de España.

Alguien ocupó pronto la silla que estaba al lado de la mía. Era un hombre ya más viejo que joven; su cabeza

era enorme —como la del Verlaine que teníamos tan cerca— la frente semicubierta por el cabello caído hacia adelante y recortado en medio círculo a la manera romana. Vestía con "pobre aliño indumentario" como diría Antonio Machado: traje holgado y abundante en sus pliegues que bajaban sin estilo a lo largo de su cuerpo: un cuerpo algo agobiado que se movía como con cansancio de sabiduría: en el chaleco, sujetada a uno de los ojales, una cadena de oro pesada y brillante dejaba adivinar un posible reloj voluminoso y seguro en su exactitud, con tapas dobles a la moda antigua. El ojal de la solapa lucía el botón rojo de la Legión de Honor.

La reserva natural entre dos desconocidos se rompió, sin embargo, pronto.

—“Nunca me ha gustado ese busto de Verlaine, me dijo. Le conocí personalmente siendo yo aún joven. Era extraño, quizás algo reservado, pero nunca hosco y sombrío como se le representa en ese monumento; y observe Ud. también lo absurdo de esa columna deformada hacia el centro. ¿Para qué? La obra del poeta nunca fue ni pretendió ser barroca. Verlaine era un helénico; hondo en sus pasiones y en sus voluptuosidades, es verdad, pero siempre claro y exacto; aborrecía los plenos colores, pero sus matices eran siempre graduados en busca de la armonía y de la perfección”.

Yo conocía bastante bien la poesía de Verlaine y en mi

**A Lilia Ramos que también recuerda a París con tanta devoción.**

francés pobre pero lleno de entusiasmo le hablé, a mi vecino desconocido, de algunas de sus obras, por lo menos de sus títulos. Díjele también que el más grande poeta moderno de la lengua española —Rubén Darío— había sido su admirador y discípulo.

—“¿Un gran poeta de lengua española discípulo suyo?, continuó diciendo algo sorprendido. Pues, ¿tanto pudo fuera de Francia este pobre bohemio, tan claro en su obra pero tan desordenado y oscuro en su vida miserable y extraña?”

Creí prudente no continuar aquella charla que parecía tomar un tono académico para el cual yo no estaba preparado; tampoco me lo permitía mi pobre francés, inseguro y, sobre todo, tan mal pronunciado.

Guardé, pues, un discreto silencio.

El Jardín de Luxemburgo tiene un tráfico abundante; gentes que van desde el Barrio Latino hacia el de Montparnasse; sin embargo, todas parecen caminar despacio, sin aparentar prisa, como si aquella fronda exquisita de follajes, fuentes y estatuas, impusiera un soberbio imperativo de quietud y discreción.

La corneta —estridente y desafinada— anunció la hora de cerrar las puertas del jardín. Mi vecino desconocido me miró atentamente unos pocos segundos, como para poder despedirse de mí sin decir palabra. Después de todo, no nos conocíamos y las pocas frases

que nos habíamos cruzado, no eran suficientes para justificar una despedida formal y protocolaria.

Yo guardé bien grabado su recuerdo en mi memoria. Me había parecido, a través de su corta conversación conmigo, un hombre superior y culto. Al hablarle, en mi mal francés, había tenido también el cuidado —muy humanamente disimulado en tono de consejo— de corregirme dos errores gramaticales que había cometido y que nunca jamás, desde luego, volví ni volveré a cometer en mi vida.

Al año siguiente resolví tomar un curso de literatura y gramática francesas en la Alliance Française. Me interesaba, especialmente un ciclo de conferencias sobre literatura del siglo XVIII y que estaba a cargo de uno de los profesores más notables de aquella época: René Doumic, Secretario Perpetuo de la Academia Francesa.

Era el mismo vecino desconocido que hacía un año había encontrado en el Jardín de Luxemburgo, en aquella tarde de breve coloquio frente a la estatua de Verlaine.

Hay recuerdos que dejan una impresión preferida en nuestra memoria. Aquel hombre ajado e indiferente, pero luminoso en el hablar, fue para mí uno de ellos. Al revivirlo a través de los años, me parece ahora que el verdadero sentido de la sabiduría, se refugia, a menudo, en personas humildes, de una aparente intrascendencia humana, pero que llevan ocultos en la inteligencia, como algo misterioso, la incomparable alegría y el íntimo derroche de la cultura y del arte.



# HUAQUEANDO

Por RODRIGO SOLEY C.

Sin haber tenido nunca aficiones cinegéticas y solamente con el fin de llenar mis anhelos de turista nacional, me uní a un grupo de caza que se dirigía hacia el cantón de Pococí en busca de lo que llamaban caza mayor, preferentemente del venado!

Había transcurrido la primera jornada de actividades, ya me había correspondido pasar todo un día aburrido, atalayando uno de los posibles correderos del venado, o sea el camino en que el animal al ser "lizado" por los perros, podía tomar. Durante todo ese día solamente me correspondió oír el ladrido de los mastines en la montaña, sufrir hambre, sol, sed, picaduras de mosquitos, aburrimiento y escuchar en ciertos momentos la cercanía de los perros, seguida de su distanciamiento inmediato; los gritos de sus seguidores y algunos cuantos disparos.

Me tocó en suerte escuchar los comentarios de las peripicias del día y las explicaciones de los entendidos del por qué del fracaso sufrido, al no haber cobrado ninguna pieza importante, a pesar de estar seguros de la existencia de venados en la zona, pues en varias oportunidades se descubrió su huella.

Uno de los cazadores mató dos zahinos que llevaba atravezados en el caballo y con toda maestría, mediante un acertado corte, los había privado de las glándulas saporíferas que los hacen exhalar un fétido olor.

El cazador explicó que se vio precisado a matarlos para defender a los perros que los tenían acorralados cuando él llegó, pues según me enteré luego, un zahino acorralado se torna peligroso, ataca a los perros y puede destruirlos o mal herirlos.

Comentaba uno de los del grupo que él en ninguna ocasión tira contra esos animales, pues siente desprecio por esa caza, desde el día en que con un solo disparo mató ocho zahinos. Al manifestarle que a pesar de mi ignorancia en ese arte, consideraba imposible tal proeza, me explicó que había ocurrido en cierta oportunidad en que sentado cerca de un "aguadero" al cual debían llegar los animales resbalándose por un talud, en la penumbra de la tarde vio que se deslizaba un gran círculo rosado y que sin poder precisar de lo que se trataba, disparó sobre él y cayeron al arrollo ocho cuerpos negros de pelo hirsuto, que resultaron ser ocho zahinos que se habían deslizado en pelotón por el talud, uniendo los hocicos y formando así el círculo rosado sobre el cual había disparado.

Lancé una sonora carcajada de incredulidad y entonces otro de los cazadores, tal vez el mayor de todos, un viejo "cartago" cuya vida había transcurrido en cacerías y que en los pocos momentos que para él eran de ocio, fabricaba espuelas en su ciudad natal, recriminando mi escepticismo me explicó que el caso podía aceptarse, pues en cace-

ría pasaban fenómenos curiosos, como el que le ocurrió a él en cierta oportunidad en que con un solo disparo abatió veintiséis patillos.

No había tenido tiempo de manifestar mi incredulidad, cuando procedió a explicar que el hecho ocurrió en cierta oportunidad en que habiendo levantado una manada de patillos que estaban en una laguna localizada en un plano inferior al que él tenía, tuvo el acierto de disparar en el momento en que la bandada volaba en línea horizontal al punto que él ocupaba, teniendo de esta suerte la fortuna de que un sólo disparo abatiera varias aves.

Ante el temor de que los otros cazadores, que al parecer aceptaban estos para mí soberanos embustes, continuaran exponiendo otras rarezas de caza, y en vista que al día siguiente deberíamos madrugar, hice mutis de la reunión y me retiré a mi cuarto.

"Las del alba serían" cuando nuevamente me habían colocado en el punto del posible paso de los venados, con instrucciones precisas de cómo debía disparar cuando pasaran y del cuidado que debía guardar para no herir a ninguno de los perros que le irían a la zaga, principalmente al que llamaban "el Caballo" por su gran tomaño y su forma de trotar.

Largo rato llevaba en mi puesto y ya el astío me embargaba, cuando no lejos de

mi apostadero oí ruidos de conversaciones y de herramientas agrícolas.

En presencia de mi aburrimiento, acicateado por mi falta de afición, resolví descuidar mis responsabilidades y acercarme al lugar en donde estaban trabajando para entablar conversación con los que laboraban.

"Sangre, sudor y hierro el Cid cabalga". Sangre, sudor, barro, polvo, piedras, mosquitos los hombres trabajaban.

Era una familia de huaqueiros que estaban descubriendo unos entierros de indios. El padre, un viejo cargado de años y de experiencia en esos menesteres, era el jefe de la cuadrilla. Los hijos y posiblemente unos nietos, cababan sin descansar bajo las indicaciones del viejo, el cual agobiado por la edad, o por las enseñanzas de la experiencia, había al parecer desde hacía tiempo, abandonado el trabajo físico y tomado el de director intelectual.

Me acerqué a él, era un viejo parlanchín que al momento me convirtió en su discípulo y empezaron a aparecer ante mí los misterios de ese arte.

Aprendí así la forma de descubrir las tumbas, al ver a uno de los trabajadores con una especie de barrena en la mano clavándola en la tierra y al explicarme el viejo que en esa forma se localizaban, pues al recibir un sonido sordo, era razón de haber golpeado en una laja, plancha de piedra con que se cubría el hueco.

Se me aleccionó en la forma de descubrir un cementerio, punto de partida indispensable para empezar a trabajar, pues resultaba ilógico, que fuera al acaso que se empezara a clavar en la tierra la barrena.

Me enseñó así lo que se llama el palenque, suerte de cúmulo de piedras que constituye el centro del cementerio y desde el cual en la forma gráfica en que se explicó arrancan las filas de tumbas,

la una en pos de la otra, en la misma forma en que los rayos de una rueda de bicicleta arrancan de su eje.

El palenque según me dijo el viejo, corresponde a lo que en nuestros días es la capilla, o lugar donde se realizan los ritos funerarios.

Según los entendidos, me dijo el viejo, debajo del palenque no hay tumbas; eso dicen los que estudian, los que han sacado sus conclusiones en sus mesas de trabajo, yo que solamente tengo el estudio de la experiencia, considero que dejabo del túmulo podré encontrar las bóvedas más ricas, la de los caciques, que fueron enterrados con sus preciadas riquezas; sus ídolos, sus metates, sus ollas, sus sukis, ocarinas, flautas, jades y oros.

Algún día de estos dijo, empezaré con mis hijos el descubrimiento del túmulo, lo cual habrá de hacerse con sumo cuidado, empezando con una ancha y profunda zanja a su alrededor y luego, cuidadosamente se irá raspando el túmulo "como quien raspa una tapa de dulce" agregó.

El ladrido de los perros se fue aproximando, cada vez se oía más claramente cerca del lugar en el cual se me catequizaba en el arte de la "huaquería".

Me enteré por el locuaz viejo que desde sus años mozos estaba dedicado a esa actividad, que había trabajado en diferentes zonas del país y cómo se notaban diferencias en los diversos cementerios. Supe así por él que en algunos de el Guanacaste, se encuentra el cementerio dentro de una circunferencia de piedras y es en el círculo así formado que se escarban las tumbas.

Me dijo también que en la zona de Palmar, hay que empezar por hacer un hueco grande y profundo, con sus paredes en forma de talud hacia el interior, y que esa ha sido la única zona en la cual se han encontrado esas esferas perfectas de piedra y también donde en las excavaciones se han obtenido algunas osamentas.

Al hacer esta referencia, fue que observé que en realidad en ninguna de las tum-

bas abiertas habían aparecido huesos ni ningún otro despojo humano, ni aún pequeños vestigios que podían salir al casi cernir la tierra que se extraía de las tumbas, la cual era cuidadosamente revisada en busca de pequeñas piezas de oro, o de los fragmentos de las piezas de piedra y de barro recobradas, las que a menudo salían con algunos destrozos.

Se escuchó un galopar, y el ladrido de los perros que corrían al lado nuestro y que luego se iba perdiendo a lo largo del monte.

Me enteré a continuación lo difícil de los tiempos actuales para los "huaqueros", por la competencia que les hacen los falsificadores de piezas, quienes realizan tan perfectas imitaciones que se necesita mucha experiencia para distinguirlas. Cada día es mayor el número de falsificadores, pues el gramo de oro de una pieza indígena, se vende a más del doble que el gramo de oro natural. Me apercibí que para mi seguridad no me fie ni aún cuando la venta me la hace un huaquero, pues muchos de ellos, sirven de cómplices a los que las falsifican, quienes se valen de aquellos para hacer más verosímil su venta.

Ante mis preguntas al respecto, me adocrinó que un margen de seguridad en la determinación de la legitimidad de una pieza, me la podría dar el descubridor en ella, con la lente de aumento, pequeñas marcas dactilares, y me explicaba que no era como algunos imaginaban que los indios habían descubierto el arte de la maleabilidad del oro y que en esta forma lo modelaban en sus manos, sino que ellos hacían los modelos con cera de abejas silvestres, que luego este modelo era cubierto con barro, piedra y algún otro proceso hoy día se ha olvidado. Que a ese molde así formado, se le dejaba un pequeño agujero por el cual salía la cera del modelo derretida al fuego. Que el barro, tomaba las marcas dactilares de la figura de cera y que luego al chorrear el oro en el molde, este a su vez reproducía las marcas que quedaron grabadas en el barro.

Aprendí también el proceso de la reparación de las piezas quebradas o que le faltaban algunas partes. Con la misma calidad de la piedra original, generalmente tomada de las mismas tumbas, reconstruían la pata, cabeza, serpiente o forma destruida, la que pegaban luego a la pieza con una mezcla de cemento y piedra molida que hacían bastante difícil descubrir la superchería.

Me mostró el viejo charlatán diferentes piezas de barro y de piedra que habían extraído; me interpretó los signos y las figuras zooformas y me hizo apreciar en algunos casos, verdaderas obras de arte y en otras de chapucería.

Según los eruditos, me dijo, los que han estudiado de estas cosas en los libros, las figuras toscas corresponden a las más antiguas civilizaciones, y las más perfectas a las más recientes cuando ya los gustos se habían ido refinando. Yo no tengo más conocimiento y erudición que la que de la experiencia ni me

abona mayor crédito que el de los muchos años pasados en estos trajines, por lo que con todo el respeto que les debo guardar a los letrados, difiero de su criterio, pues considero que si en una misma fosa encuentro piezas artísticas y piezas toscas, debo colegir que se trata de obras de un mismo período y que las unas fueron producto de los artistas, de los versados de la tribu, y las otras han sido cosecha de los aprendices, o de aquellos que por más que estudien nunca aprenden.

Y en este momento, me cayó encima la jauría, pero no la de los perros, cuyo eco se repetía aún dentro del monte, sino la de los cazadores, quienes me imputaban un segundo día de fracaso, pues al decir de ellos, sin que a mí me conste, una hermosa pareja de venados había pasado por el punto en el cual había sido apostado. Fue culpa mía que abandoné mis deberes, o fue culpa de los perros que hicieron saltar la presa por donde yo debía estar? Nunca lo sabré.

**Espere el nacimiento de su hijo  
con mayor tranquilidad y alegría**

LA  
"CLINICA MATER"

**Ofrece ahora a los futuros padres  
planes de parto económico**

Usted tendrá a su servicio a los Especialistas  
en Obstetricia y Ginecología:

**Dr. Max Terán - Dr. Marino Urpí**

Y a las Obstétricas:

**Doña Chepita Brenes - Doña Flora Bravo**

Pida informes acerca de los diferentes planes  
por medio de los Teléfonos:

**1734 y 1770**

# AL AMANE CER

Por Ricardo JIMENEZ ALPIZAR

Se desprendió del horconcillo en donde había cogido la maña de recostarse y se echó furioso al patio, rumbo al pueblo. Iba desesperado... llegó como quién hurta; se detuvo en la puerta de la taquilla, y antes de resolverse a entrar, metió los ojos estancia adentro y hurgó en todos los rincones. El olor a humo de tabaco y aguardiente que de ahí salía le produjo una sensación de chile en los ojos, y repugnancia en el corazón. Pocas veces en su vida había tomado tragos porque le parecía innecesario y repugnante. Sin embargo, hoy traía el alma hecha trizas, el corazón sangrante, y amargo el paladar. Por eso venía resuelto a embriagarse, a volverse loco, a... enfangarse. Qué sabía el desdichado lo que iba a hacer!

Con todo, a pesar de sus pensamientos pecaminosos se detuvo en la puerta en cuanto se encontró frente a la taquilla y espío, sin saber que espía, irresoluto, metiendo la mirada; nada más. Así estuvo tamaño rato. De pronto sintió el peso de una manota fuerte que caía como un hachazo sobre sus espaldas, en tanto que un vozarrón le zumbaba encima de las orejas:

—Idiay... hijuemialma...: qué demonches estás ispiando ahí, con la jeta abierta? Andás buscando ánimas en pena...?

Y tras de esto, una risotada jubilosa se fue rompiendo el aire y sembrando ecos.

Maximino se había vuelto rápido, asustado; y se encon-

tró con la carota de quién así lo saludaba. Tuvo que sosegar los nervios y tragarse la impresión:

—Hombre, Chemo!... Dianches..., que me bis asustao!

Se apretaron las manos forcejando cada uno para su lado, estribando en ello la mejor demostración de alegría y cariño fraternal.

—Carastos, carastos... Mino: —decía Cremo mientras contemplaba los ojos tristonnes de su hermano—. Ya es cosa difícil ponete la mirada encima...! No volvistes a casa ni en sombra. Y nosotros, con tanta gana de saber de ustedes... de., Tencha, tu mujer.

El silencio escondió las palabras de Maximino, mientras bajaba la vista. Andaba zafándole el cuerpo a los recuerdos, y de pronto su hermano lo ataba de nuevo a éstos. Suspiró fuerte y honvirtió así mismo la callada, y le pareció extraño. Se le acercó un poco para meterle los ojos hasta el rincón de los secretos:

—Te quedaste mudo, Mino. Qué te pasa?

—Nada respondió el muchacho; dio media vuelta rápida y se dirigió hacia el interior de la taquilla. Había sentido moverse dentro del alma todo aquello que trataba de olvidar. La mano de su hermano lo detuvo en seco y lo atrajo suavemente, acercándolo, hasta metérselo dentro del pecho:

—Demonches, con vos!... Te nombro a tu mujer y me volvés la espalda... Yo no puedo adivinar lo que te pue-

de estar jodiendo el alma... pero, si es algo serio..., hombré...!, para algo soy tu hermano!... Ve a ver si hablás!

Y como Mino no reaccionara, lo sacudió por los hombros. Se dejó hacer; apenas si, bajó la cabeza como chiquillo regañado. Entonces Chemo tomó una actitud más enérgica:

—Con todos los diablos, hablás, o no hablás...?

Más fuerte de carácter Chemo, Mino sintió encima el dominio de su voluntad, y apenas murmuró:

—Qué ha de ser, hombre!.. Esa confisgada de Tencha, que... ay está pronta!

—Cómo, cómo?... Repetíme eso!...

La noticia le pareció admirable y no encontró en ello motivo para andar con cara compungida.

—Que Hortensia está pronta...?.., Y eso te tiene caralarga y avinagrao? No, carastos! Es lo mejor que he oído en toda mi vida! Yo, tío...?.. Mirá, Mino, debías estar más alegre que filarmónica de turno... Fijate el alegrón que me has dao; tenemos que celebrarlo! —y mirando hacia la taquilla agregó—Venite conmigo. Mientras lo llevaba casi a rastras continuaba diciendo:

—A vos lo que te hace falta es un tragaso bien grande, hombre!... con eso se te aleventan los ánimos.

Y sin añadir palabra casi lo alzó en brazos y entró con él en la taquilla pegando estertóreos güipipias.

El cuitado no opuso la menor resistencia, y se fue pensando en que iba a ahogar todas sus amarguras en un

lago de aguardiente, pero... Su hermano era de poco tomar; y con un trago se celebró el gran acontecimiento. Uno, nada más! Ni para quitarse el feo sabor de la saliva biliosa; sabor con el que tuvo que volver a su casa, tan sobrio como había salido de ella: con las mismas penas, y por el mismo camino.

\* \* \*

Llegó derecho al corredorcillo. Mascullando un pedazo de puro, se recostó al horcón desde el cual había criado la costumbre de leer el lejano horizonte y rumiarse sus penas. Pensó en Tencha, su mujer; joven y vigorosa como él. Enseguida sacudió la cabeza para alejar el pensamiento. Calculó las fanegas de maíz que podía haber en la milpa de al lado... se borró de su mente el cálculo. Saltó la vista por sobre la cordillera cercana y se imaginó la gran ciudad llena de movimiento y de placeres... la imagen se deshizo entre nieblas, y apareció de nuevo la imagen de Tencha, pertinaz... reticente. Solo en ella podía pensar. La veía moverse pesadamente del moletero al fogón llevando sobre la palma de la mano la tortilla que iba a asar en el comal; agachada, haciendo llama en los tizones... espantando la clueca atrevida que se había metido muy horonda a la cocina a emporrar... Por todas partes la veía, donde quiera que fuesen sus ojos y su pensamiento. Era una obsesión de la que nada podía distraerlo.

Tencha, con su panza y sus movimientos pesados llenaba la casa y el espacio entero; con sus berrinches y sus viajazos le encendía el alma y se la cundía de malos instintos haciéndolo pensar: "si no fuera por la barriga... hace tiempos la habría arrendao a la derecha". Otras veces reflexionaba compasivo. Pero al fin las cosas llegaron al colmo: por la puerta de la casa que echaba la cocina sobre el corredor, salió una nube de humo colorosa a café quemado. A poco se dejaron oír palabrotas y maldiciones que tasajeaban la humareda, y con los ojos enrojecidos, sudorosa y color-

rada por el calor del fogón, salió Tencha trayendo en las manos una cazuela repleta de café humeante.

Mino se había vuelto y se enteraba asombrado. Al mirar lo que sucedía, apretó los dientes y resopló; pero guardó silencio.

Tencha lo advirtió y le clavó los ojos con ira y repugnancia. La actitud de su marido, siempre recostado a aquel horconcillo la enfurecía, y escupió de frente:

—Eso es, gandumbas de la trampa!..., mientras te estás allí teniéndole la jeta al burro, se quema el café! Tan siquiera podías tener gracia p'ayudar en una cochinateda como esa!... Arasto, es que se me regüelven los hígados!... Qué te costaba cuidar el jugón?...

Salió al patiecillo y volcó la cazuela. Las gallinas atolondradas y golosas se dejaron caer del güitite en donde habían ido a costarse tempraneras, y se echaron a picotear. Tencha las espantó a gritos:

—Jartonas del diablo!, atípense de café quemao a ver si se las lleva quién las trajo!

Tornó enseguida a mirar a su marido y la saltó contra él.

—No te da vergüenza ser tan... pelmas?

Miximino resolvió fuerte y apretó los dientes, despedazando el cabo de puro que aún le quedaba en la boca... contuvo una barbaridad a flor de labios, y la miró, nada más que la miró. Pero con qué ojos!

Tencha lo estaba espionando deseosa de que se le largara por algún lado. Como no lo vio despegar los labios, se le fue encima.

—Diay...?, no vas a decir nada...?

—Yc...? —rugió el muchacho— NADA!

—Y por qué?... Decí algo. Por lo menos pa saber que esos calzones no están ensartaos en una horqueta de juaniquil!!

Lo miraba desafiante, de arriba a abajo. El sintió que ya casi, casi... y dijo crispando los dedos de las manos:

—Tencha, por mis culpas!

Ella se enjarró descarada y desafiante.

—Qué hay con Tencha?...

—Que si no juera por esa panza...!

—Y..., qué? No le hagas caso, hombré!, por verme bonita no me tenés así!

—Callate, por la Virgen de Guadalupe! —crepitó Mino— No provoqués más, porque... se me está yendo la albarda a un lado, y... te voy a quebrar el chuso en mitá del alma! —temblaba, estaba livido— ¡Pues no faltaba más, grandísimo juchón —rebotó Tencha—. Qué te ataja?... Es lo único que te falta pa date a conocer.

Fuera de sí, como un rayo se desprendió Maximino del horcón y llegó hasta la carretera. Un ramalazo de sangre le había nublado la vista. Echó mano al chuzo y se acercó amenazante a su mujer. Estaba resuelto a acabar con todo. Su vida se había ido yendo gota a gota en unirse traicionero, y era mejor dejarla escapar de una vez. Levantó el arma y se dispuso a descargarla sobre la cabeza de Tencha, pero al comprender ésta que la resolución era absoluta, que aquel muchacho paciente y bonachón había abandonado su mansedumbre y se disponía a matarla, el pavor la hizo gritar desesperada.

—No!... Masimino, nó!— que estremeció el corredor y llenó los ámbitos.

A los gritos, y también sobrecogida de espanto, salió, doña Rosa, la madre de Tencha. De un salto se colocó entre los muchachos, y rápida, cayó sobre Mino forcejeando con él para evitar que el golpe cayese.

Jadeantes quedaron los dos. Callaron durante breves instantes, mirándose a la cara. Luego con palabras dulces dichas entre cortonazos de respiración, doña Rosa rompió el horrible silencio.

—Santo Dios!, estoy muerta!...— miró a su yerno con triteza., era tanta, que Mino titubeó en sus adentros. Luego añadió:

—No le hagas caso, Masimino..., no le hagas caso, por el amor de Dios...!. Te lo pido de rodillas!.

El muchacho clavó los ojos en la buena mujer, avergonzado y sin fuerzas, mientras tragaba la amarga saliva. A

poco se atrevió a responder:

—Perdóneme... doña Rosa! Por usted lo hago. Voy a hacerle caso...Yo sé que usted es muy buena y me quiere. Cualesquier cosa puede pedirme. Se lo juro.

Se retiró cabizbajo y fue a recostarse al horcón. Siguió mirando hacia el poniente abigarrado donde morían los últimos resplandores del poniente.

Doña Rosa lo contempló acariñándolo con la mirada. Le dolía en el alma que fuese su hija la causante de tantos sinsabores y buscaba la forma de ponerles fin. Ejerciendo su autoridad de madre y apartando los ojos de Mino, se volvió hacia su hija y le ordenó:

—Vete para dentro!... Parece mentira a lo que nos has hecho llegar! Semejante escándalo por un poco de café!... Educación y respeto es lo que te falta. Hoy terminan tus malacrianzas, te lo juro. Pareciera que te hubieras criado sin madre, en cualquier ranchería... Bonita la tenemos!... En vez de ponerte a tostar otro poco de café, venís a insultar a quien menos culpa tiene. Andá vete para dentro y cuidáte mucho de no darme más calientes de cabeza!

Se fue hacia ella y la tomó por un brazo y la encaminó casi a empujones hasta la cocina. Tencha, entre tanto, se le encaró insolente y fustigó su protesta:

—Eso es, mama!, dele alas y verá onde vamos a escorar! —Miró a su marido recelosa e indignada y dio la vuelta para entrarse en la cocina.

Le costaba trabajo moverse; las venas de las piernas parecían quererle romper.

Miximino no le perdió ni una palabra ni un gesto. La siguió con la vista, mientras abandonaba el chuzo sobre la carreta. Cuando hubo desaparecido Tencha se acercó a su suegra y le dijo un poco cortado:

—Sabe, doña Rosa...?, con todo y todo... las malacrianzas de Tencha ya se pasan... así no era., parece que el diablo se le hubiera metido en el cuerpo...

Las manos cariñosas de la suegra —que todo lo sabía—

se le fueron a la cabeza y le alisaron las crenchas rebeldes, como si se tratara de un niño:

—Sí... es la pura verdá..., así no era.— Guardó silencio unos segundos sin dejar de pasar su mano por la cabezota alborotada, y luego agregó:

—Tené mucha paciencia. La pobrecilla no tiene la culpa... son... cosas del estao... de su barriga...

—Qué estao ni qué albarda vieja! —espetó Maximino—. Es pura malacrianza! Vea los ímpetos que me saca! En consideración a la barriga que se maneja la he respetao.

Sonrió benévolamente doña Rosa sin darle importancia a la renovada cólera del yerno, y volvió a hablarle convincente:

—Magnifico, Maximino! Es lo mejor que podés hacer, porque pronto, muy prontito se le acabarán esos arrebatos. Si por consideración a la panza te has contenido, seguilo haciendo. No te pesará. Disimulale, aguántale malacrianzas, y, el premio te caerá del cielo. Aunque no lo creás, cuando salga de esa barriga todo cambiará. Sé lo que te digo: a las mujeres en ese estao... nos suceden cosas raras. Algunas se vuelven tirriosas, y eso es lo que le pasa a tu mujer... tenés mala suerte!... Pero, otras se enferman, se llenan de achaques horribles, con vomitadera y mareos, hasta calambres sienten por todo el cuerpo. Eso sí que es calamidá!... No alcanza lo que se gana para médicos y medicinas. Bueno, ve bién la cosa y te darás cuenta de que no te ha ido tan retental... Siendo así, te aconsejo que no le hagas caso y la dejés hablar y hacer cuanto le dé su regalada gana... En cuanto nomás salga del enredo te vas a encontrar otra vez como en luna de miel.

Siguió acariciándole la cabeza y penetrando en sus ojos. El, estaba confuso; poco alcanzaba a comprender; pero algo como un relámpago había producido un destello levisimo en sus entendederas, y le había atemperado la furia. Curioso, puso mayor cuidado al escuchar.



—Me entendiste? Te lo tengo que decir más claro?: tu mujer va a tener un hijo. Tal vez sea esta misma noche; hoy es la llena.

Mino refunfuñó dudoso:

—Qué tiene que ver la luna con todo eso?

—Mucho —repuso doña Rosa— los movimientos de luna aprontan... Yo nací un cuarto creciente. Estoy tan segura de que esta noche es la cosa, que tengo a San Ramón lleno de flores y candelas encendidas.

Mino escuchaba, mientras con cuatro dedotes de la mano derecha se rescaba la nuca.

—Anjá...!, entonces, hoy es la cosa —pensó en voz alta— y de pronto: Usted me está hablando de Tencha...?.

—De quién, si nó, muchacho?.

—Ya le voy entendiendo. Tan ligero es eso? Yo creía que faltaba mucho...!

Doña Rosa escondió una sonrisa.

—Nueve faltas cumplidas tiene...

—Nueve?... Así es que... como la llena raya a la media de las siete... —de pronto apuró las palabras y avivó el brillo de los ojos— Vamos a tener que... Y yo... Bueno!... por qué no me lo dijo más antes? Por qué se esperó hasta que el idiota de yo por poco la mata...? Ay, doña Rosa, qué remordimiento!

—Yo quise decírtelo pero no distes ocasión..., cuando te lo medio soplé, no entendistes.

—Usted sabe que yo soy medio tonto! No me cabe en la jupa tanto enredo...

Abrió entonces ojos y boca desmesuradamente para meterse por allí la revelación, llevarla al cerebro medio aletargado, despertarlo y hacerlo entender tan hermosa verdad. Cuando lo hubo

logrado vacilaron sus piernas y un calofrío le bajó por el espinazo, zafándole el equilibrio al cuerpo.

En la cara de la mujer floreció el regocijo hecho sonrisas. Las revelaciones habían dominado al hombre enfurecido y lo trocaban en un angelote medio desmayado, dejándolo a su merced. Mientras Mino abocaba en la lengua un "alabado sea el Señor", perdía el control y caía exhausto. Doña Rosa corrió a auxiliarlo, pero no pudo con tan enorme corpachón. Desilucionada, empezó a gritarle al oído:

—Mino!... Mino!... esos desmayos son para las mujeres!...

Nada oyó el pobre mocetón. Entonces, desesperada, fue a la cocina y buscó un jarro de agua fría...

\*\*\*

La luna había rayado ya; era fresca la noche; la brisa

suave salía de los matorrales cargada de aromas de flores y de tierra recién roturada. De cuando en cuando la intermitencia del canto de los grillos hacía huecos en el silencio de la noche. Por el sendero lustroso de color de luna venía Maximino trayendo casi a rastras a la partera.

La caminata fue larga y cuesta arriba, e hizo que el "bronquites" se le rematara a la pobre anciana y le avivara el "hervidero" del pecho. Casi desmayada se dejó caer a la vera del camino:

—Hasta aquí llego, mihijito...! Me habes traído como que lleva el diablo y no aguanto más!... — jadeaba la pobre y resoplaba como fuele agujereado.

—Cómo que hasta aquí llega? No faltaba más! Y la creaturita que tiene que traer al mundo...?

—Por lo menos dejame escansar...!



## PILSEN

# SABROSA ES POCO!



Para su optimismo... para su placer disfrute de PILSEN la cerveza delicada de sabor inconfundible que demuestra la exactitud y el balance de fabricación.

Disfrute Ud. también de ratos inolvidables de placer, placer de saborear, placer de tomar PILSEN... la cerveza que alegre dos veces.



—Nada. Usted llega!

Resuelto, sin más comentarios cargó con ella y echó a correr sin oír las protestas de la infeliz que iba con la cabeza colgando como gallina para el mercado.

Llegaron al corredorcillo donde esperaba angustiadísima doña Rosa. Mino la miró y con gritos de júbilo le dijo:

—Yo la traje! Ya la traje! Aquí está la partera!

Doña Rosa apenas reparó.

—Corra ña Ufrasia..., acaba de romperse la fuente...

—Aguarde que este chirote me ponga en el suelo.— Fue la respuesta de la partera.

Maximino entonces se dio cuenta y la dejó caer con gentileza, empujándola hacia su suegra que la tomó de una mano y fue hacia la puerta de la cocina, diciéndole de paso a su yerno.

—Quedate afuera. No te vayás lejos porque a lo mejor te necesito.

Desapareció dejando al muchacho con la boca abierta.

Al verso solo, la soledad empezó a empavonarle el espíritu. Fue experimentando la sensación de que el silencio absoluto es feo, asombra, enmudece y hace brotar intranquilidades por los poros del alma. Sus sentidos palparon lentamente, pero con firmeza un mundo de hechos por él desconocidos. Encontró una enorme diferencia entre lo que estaba viendo y lo que antes había visto; entre lo que oía y lo que antes oyó. Se sentía como nacido de nuevo; despertaba de un letargo al cual vivió atado hasta ese momento en el que nuevos acontecimientos le hostigaban el alma, sin comprenderlo del todo.

Se fue a pasear a lo largo del corredor.

El tiempo colaba muy despacio, lentamente. Las ideas extravagantes surgían para

enfrecerle el cerebro. Tan pronto se detenía como echaba a andar presuroso, forzando, acortando el paso..., volviéndolo a aligerar. No sabía acomodarse ni donde encontrar sosiego.

Se acercó a la puerta, pegó la oreja a los maderos y escuchó (!!)..., se oían los quejidos largos y dolorosos de la parturienta. Sintió miedo y las palabras se le escaparon.

—Ay, mi Dios!..., estará en dificultades...? San Ramón bendito, sacámela de apuros!

Volvió a la caminata rezando entre dientes.

—Qué largo es esto, pa los puyos!

Caminaba, caminaba sin descanso; tropezaba, se detenía y..., volvía a caminar.

Los ojos se le fueron al patio bañado en luna flamante. Lo halló cuajado de fantasmas, por todas partes acechaban perversamente agazapados entre las hoquedades y dispuestos a saltar sobre su querida Tencha...

—Aquello que és?... No es nada!... la matilla de ruda que brilla con la luna.

Qué frío que hace, pa los demonches!... Ya va pa dos horas de jerigonza! Cuándo se va a acabar?...

Por la calle pasó bramando una vaca. La oyó con sobresalto y de un brinco salió al patio y corrió tras ella, espantándola a pedradas. Tornó tan rápidamente como se había ido, con la respiración ahogándolo y murmurando colérico:

—Condenadísima vaca!... Por qué no se irá a bramar frente a la casa de ñor Artavia ques que dicen que está agonizando?

Sus pensamientos lo asustaron y se arrepintió enseguida e hizo la señal de la cruz para alejar al demonio que así lo tentaba. Se acercó de nuevo a la puerta: todo reposaba; el silencio cundía en

el interior; no se quejaba la parturienta.

—No se queja, señor mío...!, no se queja Tencha!

Se le vino el recuerdo de la vaca que acababa de espantar y de pronto estalló.

—Se habrá muerto?. No; no puede ser! No!

Le dio vueltas la cabeza, se le contrajo el diafragma y sintió el vértigo.

Recostado a la pared fue deslizándose.

Se abrió la puerta y apareció doña Rosa trayendo en las manos una enorme palangana cubierta con una tohalla ensangrentada. Casi tropieza con el corpachón de su yerno recostado a la pared, anonadado y con los ojos en vaguedad. Al sentir a su suegra cerca de él le volvieron los ánimos y se incorporó dos metros arriba. Miró la palangana y quedó lívido de espanto:

—Idiay...? —alcanzó a decir—

Doña Rosa comprendió al instante lo del asombro, y desternillándose de risa le dijo:

—No es lo que te imaginás, muchacho!—

Dejó a un lado la palangana y continuó:

—Gracias a Dios todo salió bien!... Entrá; Tencha te está esperando.

Lo llevó hasta la puerta y lo empujó apaciblemente. Mino se atrevió un poquito, como si despertara de una horrible pesadilla y llegó hasta el centro del cuarto en donde se detuvo a contemplar a su mujer. Se estremeció al verla tan pálida, como candeja de Primera Comunión. La miró mucho; al principio sin explicarse para qué; luego, acomodando sus pensamientos, poco a poco, hasta darse cuenta de que la estaba mirando con ojos nuevos, amorosos, llenos de ternura, y que la acariciaba. Tencha también lo estaba mirando; su mirada era dulce y lo acariciaba como él a ella, lánguidamente

salía el rayo amable de sus cansados ojos; con la languidez que le había dejado el sacrificio del parto. Y murmuró

—Acercate, Mino... No lo ves...?, es lindo como un angelito...!

\* \* \*

Todo el cariño que habían opacado las calamidades del embarazo se despejaban y renacía joven y fuerte; fresco y tibio, como las blancas azucenas que adornan a veces el altar de la Virgen María, y se manifestaba esplendente en la ternura de aquellas ojos en cuestionario.

\* \* \*

Hortensia alargó una mano y atrajo a Maximino hasta ella. Los labios del muchacho, comprimidos por la emoción, se suavizaron y se alargaron hacia los lados en una sonrisa medio vergonzosa. Y se acercó en puntillas, despacio, para no maltratar con el ruido de sus pisadas los debilitados oídos de su mujer..., se arrodilló junto a la cama mientras besaba la mano que se le había tendido.

\* \* \*

Por la ventanilla de torneados barrotes entró zigzagueando el clarinazo de un gallo madrugón mientras el llanto de un recién nacido salía potente, buscando el campo cuajado de flores para ascender al cielo que se abigarra AL AMANECEER.



## HOMENAJE DE BRECHA.

## Un Juguete para mi ahijado

por Mario ALBERTO JIMENEZ

Ya se nos fue la Nochebuena de 1959. Esperemos ahora la de 1960.

Pero antes de que se fuera, yo, como cualquier ciudadano que no sea empleado municipal de esta ciudad capital, tenía necesidad de comprar un juguete.

Qué cosa más complicada es comprar un juguete para un niño que se va haciendo grande y que ya tuvo su oso alemán, su tren alemán y su mecano alemán. ¿Qué más se le puede regalar? ¿No sería mejor meter el dinero en un sobre y remitírselo al niño para que se comprara algo de su gusto? No. Eso sería muy prosaico. Mejor es el juguete. Como ya es 22, salgo a buscar el juguete. Me tropiezo con las barracas instaladas en el Parque Central; me paro a contemplar las baratijas y el serrín de colores. Me falta imaginación para comprender la belleza de esas barracas. Una sola cosa me hace gracia: unos angelillos de cartón suspendidos en piña por la coronilla. Son de la legión celestial de San Lucas, que siguen impertérritos anunciando en latín, "Paz a los hombres de buena voluntad". ¡Pobres angelillos! ¿Qué anacrónicos resultados! No por lo de la paz, sino porque los ingenuos no habían inglés sino latín. No saben todavía esos angelillos, que paz que no se ofrece en inglés no es paz. La gente sí lo sabe y los angelillos no se venden.

Sigo hasta alcanzar los grandes almacenes de la Ave-

nida Central repletos de juguetes. Entro casi a empellones.

—¿Qué se le ofrece, señor?

—Quisiera un juguete como para un niño de nueve años.

—Vea qué lindo este juguito de comando U. S. Army.

El dependiente tiene razón. Es realmente completo. Trae cuatro cuchillos distintos para matar de cuatro maneras diferentes y dos pistolas y un casco. En total, seis maneras de jugar a matar en una caja. ¡Todo un surtido!

—¡NO!

—Y estos cañones, señor, ¿no le gustan? Son el último modelo atómico de los Estados Unidos.

—¡No!

Y así desfilan más portaaviones, tanques, aviones de guerra, cajas de soldados del presente y del futuro porque los hay, para variar, del ejército marciano. Todo U. S. Army, U. S. Army, U. S. Army...

No soy pacifista. Comprendo la guerra, pero cada día siento más repugnancia por todo lo guerrero por más darwiniana que sea la guerra.

El dependiente entiende su oficio e insiste:

—Si no quiere algo de guerra, señor, ¿por qué no le re-

gala uno de estos juguitos de Cow Boy. Se han vendido mucho.

El atuendo es perfecto. Los revólveres casi legítimos. Sirve para jugar muy realísticamente a matar como los vaqueros de Hollywood.

—¡No!

Hay también profusión de pistolas de gangster.

Me quedo un rato pensando en lo único que hace falta en estos surtidos de juguetes de muerte son unas sillitas eléctricas. ¿Por qué no las habrán hecho? ¡Smart ideal! No se le habrá ocurrido a nadie? ¡Se venderían tanto! Sería tan bonito que los niños jueguen a electrocutar, mientras las niñas juegan de comidita con sus cocinillas eléctricas.

Creo que lo mejor es volver a la idea de remitir el dinero. Para qué fastidiar más al buen dependiente. En eso, al otro lado alcanzo a ver unos juguetes distintos. Qué raro, no son juguetes de muerte. Hay un alegre carrofoto de circo que maneja un payaso optimista. Funciona con baterías y en una pantalla de televisión aparecen entonces leones, tigres y caballos. Miro la procedencia, son japoneses. De la misma fábrica hay un ingenioso autobús con radar que se puede manejar a distancia mediante un pito. Son juguetes novedosos; representan el progreso sin necesidad de entrenar para matar.

Hecha la compra, me dispongo a salir. Un niño, tan pequeño que sus padres lo han sentado en el extremo del mostrador, ensaya una ametralladora de plástico. Cándido me apunta con ella. El juguete es perfecto, suena como una tartamuda auténtica y lanza chispas de verdad. El querubín gozoso estalla en risa, juzga que ha hecho en mí un blanco perfecto. Tiene razón, teóricamente soy hombre muerto. Sus padres también ríen. Yo, desde luego, también río. ¿Cómo no me voy a reír si mientras tanto toda la escena ha estado roseada con la transparente música del Heilige Nacht, aspergiada sobre nuestras nucas por unos invisibles altoparlantes?

Un poco ofuscado salgo del almacén. Quedan atrás los militares de lata, pero ahora siguen los militares de verdad. En el centro de la calle una fila de policías situados a distancia de un metro, dividen la vía en dos. En las boca-calles hay ambulancias militares, jeeps, radiopatrullas. A uno y otro lado de las aceras patrullan en parejas, contoneándose, rollizos que no caben en la ropa (es parte de su estética) los P.M. Policía Militar. Los que aun cuando no tenemos ejército y por lo tanto no se justifica una policía militar (la policía militar es para guardar el orden en los ejércitos por eso se llama militar) van a entrenarse a Forth Gulick en la Zona del Canal de donde vuelven con esos andares zandungueiros.

U. S. Army-P. M.-U. S. Army-Stile Nacht-Heilige Nacht Stille Nacht

La gente, con el auxilio de las autoridades, ha desnaturalizado la Avenida Central. La calle principal de la aldea no es para transitar en las noches de diciembre. Es un "corso". No una vía de comunicación. Es para tirarse confeti. En cambio, el cercano Parque Central, lugar ideal para un "corso", también se ha desnaturalizado y al revés, se ha convertido en un lugar de comercio con sus barracas de baratijas las mismas donde, dije antes, estaban los an-

gelillos tontos que hablan latín. La principal calle de comercio. La P. M. protege celosamente esta variación de lo que, según el Código Civil se llamaría, el destino permanente de las cosas públicas.

Voy por el "corso" intentando hacer uso normal de la calle. Voy sin molestar a nadie de compras. Qué majadero, usarla para transitar. Doy de bruces con dos olímpicos P. M. Se acaban de inflar.

Me requieren. No he hecho nada contra la ley. Voy orillado al caño. Por lo mismo se me aviva mi innata alegría por los militares. A ellos se les aviva su militarismo. Me detienen y a empujones me

caminan trescientas varas hasta una boca-calle, donde, entre vehículos militares, un capitán más inteligente y con más tacto le pone fin al gracioso incidente.

Regreso a la casa.

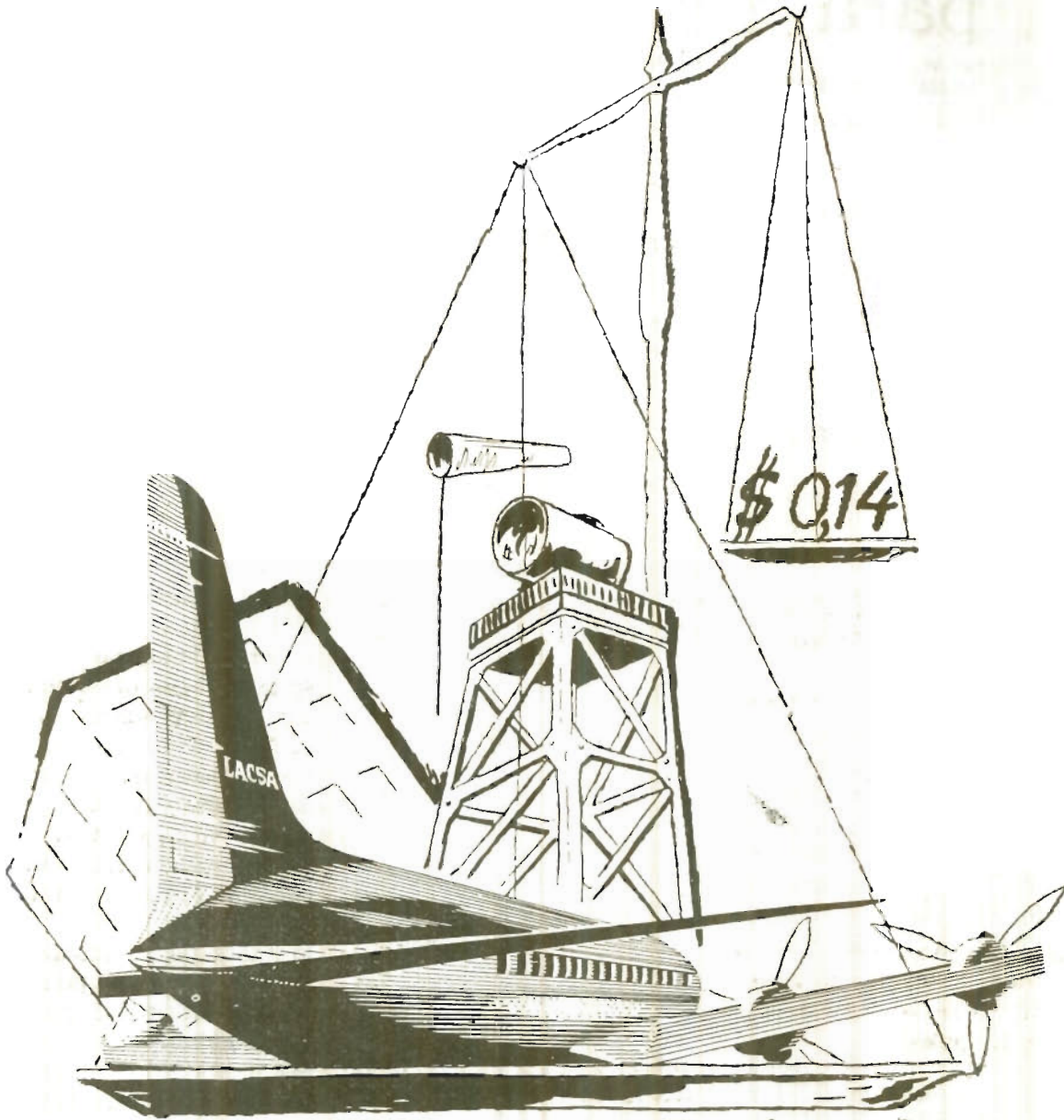
En las puertas y en los balcones de los almacenes, mantudos disfrazados de San Nicolás siguen manoseando niños. Los niños no siempre desean dejarse manosear por los mantudos, pero sus padres los empujan. Eso es poesía.

Mantudos vestidos de ginga colorada. Aldeanos tirándose confeti bajo los arcos de luces multicolores. Confeti ¡Confeti a peseta con buena feria! —gritan los vendedores—. Militares en los escaparates y militares en la calle, uno por cada metro cuadrado. Eso es un "corso" o se prepara una ofensiva?

Llego a mi casa. Vivo en el purísimo centro de la ciudad. En frente nos han instalado un bar que es una verdadera inmundicia. Ahí alborotan hasta el amanecer beodos y beodas. A menudo salen a relucir armas, pero ni por casualidad se arrima un P. M. Y por dicha que no llegan! A lo mejor los que iríamos a parar a la cárcel, por "malcriados", seríamos los vecinos que queremos dormir porque al día siguiente hay que trabajar.

Nada de esto es una crítica. Todo lo de los hombres se mueve por un motivo. Es, sencillamente, una auténtica estampita de navidad costarricense. Nadie me podría desmentir su realismo.

Eso sí, el año entrante si Dios me da vida, como dicen las viejillas, seré más cauto y ni de loco me asomaré por la Avenida Central para comprar un juguete. Le mandaré a mi ahijado el dinero. Si él tiene psicosis de guerra, que se compre algo de su gusto para jugar a matar. Después de todo, en esto de mandar dinero por Navidad hay precedentes que no violan la poesía ni la delicadeza, todo lo contrario; cuando los Reyes Magos fueron a donde el Niño no le llevaron un chilindrín ni un osito, prácticos llevaronle oro, mirra e incienso.



**Ahora \$ 0,14** LA LIBRA

**MIAMI**

**— SAN JOSE**

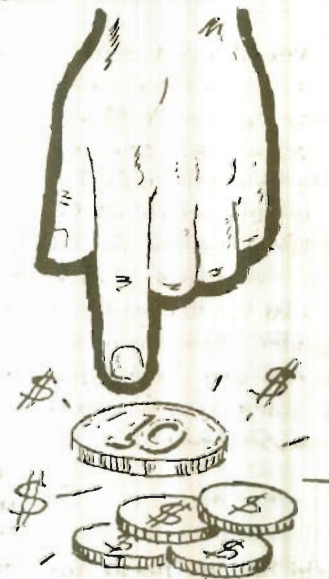
SU CARGA POR AEREO

**DIRECTO**

SIN INTERRUPCION  
NI ATRASO

CONSULTE DEPARTAMENTO DE CARGA

**LACSA**



# Juventud: un capítulo del libro *Al través de mi Vida* de don Carlos Gagini.

PRIMERA ENTREGA DE EDITORIAL COSTA RICA

En la primera semana que siguió a mi bachillerato, me llamó mi padre a su despacho y me dijo sin preámbulo:

—Bueno, ¿y qué piensas estudiar ahora? No supe qué responder, tanto porque en realidad no me había preocupado de tan grave asunto, cuanto porque entonces como ahora no había más carrera universitaria que la abogacía.

—No me gusta que sigas trabajando en la enseñanza: eso no ofrece ningún porvenir y acabarás por ser empleado público, la mayor de las desgracias.

Pocos días después me llamó a su bufete mi primo y padrino don Mauro Fernández para persuadirme a seguir los estudios de Derecho, ofreciéndome su ayuda y dirección.

Seguí su consejo, y me matriculé; pero cuando asistí a la primera lección de Derecho Civil y ví que todo se reducía a aprender artículos del Código, cobré tal aversión por unos estudios que se avenían tan mal con mi espíritu inclinado a las ciencias positivas, que no volví más a clases. Las circunstancias obran en nuestro destino con más fuerza que los más firmes pro-

pósitos, y así, a pesar de las advertencias de mi padre —cuyas energías había aniquilado una penosa enfermedad y cuyo capital se había evaporado en fianzas— no tuve más remedio que aceptar las numerosas clases particulares que se me ofrecían para ayudar al sostenimiento de mi familia.

(Pasa a la Pág. 16)

## Mario Alberto Jiménez

por Alberto F. CAÑAS

Una columna que (aunque a veces vaya en serio) tiene un carácter preponderantemente humorístico, no puede dejar pasar en silencio la muerte de Mario Alberto Jiménez.

\* \* \*

Fue en los últimos años de su vida, al través de una serie de artículos (que con dificultad completaron la docena), que esporádicamente publicada, que Mario Alberto Jiménez se reveló como uno de los mejores humoristas en una tierra que —en materia literaria— humoristas es lo que mejor ha dado (Magón, Aquileo, Yoyo Quirós, Baudrit, Calsamiglia, Obregón, Soler y la lista no termina).

\* \* \*

Una fisga finísima y penetrante, una prosa correcta y

agradable, un punto de vista personal y carente de gregarismos, eran sus características principales.

\* \* \*

Alguna vez dijo esta columna que Mario Alberto Jiménez era una especie de Mario Sancho a la inversa. Cada uno de ellos fue el crítico más implacable de una época social de Costa Rica. Sancho fue el inconforme con una Costa Rica que a su juicio caminaba muy despacio; Jiménez el inconforme con una Costa Rica que a su juicio quería caminar demasiado ligero.

\* \* \*

Si Mario Sancho nació antes de su época, Mario Alberto Jiménez nació después de la suya. Imaginamos que habría vivido feliz en el último tercio del siglo pasado, en el

momento en que comenzaban a florecer los liberales. Porque él era un liberal como su pariente don Elías Jiménez Rojas; y de él posiblemente extrajo su inconformidad y su manera inconoclasta de ser y de ver.

\* \* \*

Pero si Mario Sancho viviera ahora; y si Mario Alberto Jiménez hubiera vivido antes, Costa Rica se habría privado de dos de sus mejores escritores satíricos.

\* \* \*

Era muy fácil estar en desacuerdo con él, sobre todo con sus tesis jurídicas y políticas. Pero era imposible escaparse del influjo encantador de su ágil prosa de burlona intención. Intención que —así era de inteligente— sabía dirigir muchas veces contra sí mismo.

Se definía Jiménez así mismo como un hombre extravagante. La extravagancia era de carácter nostálgico. Era un espíritu finísimo que sentía una profunda nostalgia por épocas y maneras de vivir que él mismo no había alcanzado a conocer.

Pero lo importante era que sabía burlarse de la época en que vivía. Y cuando veíamos su firma al pie de un artículo, nos aprestábamos a deleitarnos a sabiendas de que contendría alguna crítica demoladora contra algo en que nosotros mismos creíamos.

Y si no nos irritábamos de semejante ataque ello era virtud del escritor y no virtud del lector.

\* \* \*

La Editorial Costa Rica debería recopilar sus escritos y darnos un tomo de gran solaz. Pero ojalá que esa labor no se redujera a lo que Mario Alberto Jiménez publicó en vida. Estamos seguros —porque le conocimos— de que en algún rincón de su escritorio deja una gran obra inédita, que no debe desaparecer. Porque será una cosa volátil, fina, espigada, burlona y disolvente.

\* \* \*

Como su autor.

(De *Chisporroteos La República*).

# Página Poética de Mario Picado U.

## A TRES POETAS...

Aquí llego a la fruta de los siglos,  
a la esponja del tiempo visionario.  
(Ya la luna después será retablo)  
Y verde soledad de grito en grito  
paladar del secreto, olvido puro,  
el viento no sabrá dormir recuerdos.

Me duele este universo entre los dedos  
—Estaba entre mi sombra y mi cerebro—  
Adentro, más adentro.  
Pascal unamunesco sin estribo.  
(Corcel de preguntar por el sendero)  
Gritar con azadones y metralas  
ese polvo de luces que no hablan.

Gritar con la cadencia y el abrazo.  
Con el fuego y el abrazo y el martillo.

Golpear la eternidad,  
golpear la suela  
de este inmenso zapato de la risa.

La broma del final.  
El número sin cifra del antejo.  
El punto suspensivo. El beso, beso.  
La célula de muerte que me crece.

Los rieles los sastres, los teoremas,  
dos libros de leyes, una estaca,  
cuatro injertos de tiempo. Un cordón  
blanco de cabellos, Y una risa.

Una risa bordada de zapatos.  
El hombre es un espanto hecho de risa.

Esa fruta infinita, ese juego de ser  
del yo con grito. Esa línea que parte.  
Ese hombre  
que muere naciendo porque es tarde.

Golpear el tiempo y relojes  
arando nuestro miedo.  
—Morir no es más que eso—  
Un reloj sin agujas y sin hipo.

Golpear el tiempo.  
Darle un astro a Quevedo y otro negro.  
Darle un astro incoloro a Don Francisco.  
Un poema no es un sueño.  
La risa y el zapato.  
León Felipe lo sabe y Federico...

MARIO PICADO UMAÑA

## ESTO...

Hoy nos vamos de hombre hacia el subsuelo,  
donde clava su espuma otro infinito.

Hoy nos vamos de física y de número  
y de beso doliendo hasta la espina.

Hoy del hombre su sangre monta ritos  
de báculos y vidrios por encima.

Celuloide en distancia de ilusiones  
y de árboles blancos con su signo.

(Mujeres desnudando los planetas  
con su velo de trébol y granito)

Ojo tibio de años que nos dieron  
una vida en tambores y armonía.

Precisamos el pecho del instante  
y el cauce sin color de mil destinos.  
Nos convence una voz y son pedazos  
de sonidos sin brazos y sin rumbo.

Nos falta conocer nuestra rodilla.  
—Saber por qué ahora cantan esos pájaros—  
Sudar con el temblor de una agonía,  
anochece con troncos y con páginas.

Nos falta primero ser los hombres  
que saben el dolor blanco de un niño.

Nos falta suceder en una esquina.  
Saber si ya se ha muerto Don Quijote.  
(Penínsulas de labios con su vida  
brotando inasible desde cuando)

Desde cuándo venimos, desde cuándo?  
Nos sepultan los sueños y los gritos.  
Se le roba al hombre su bostezo.  
Se le estruja su ocio y su ventura.

Este húmedo soplo a la deriva.  
Estos huesos que saltan de su arista.  
Esto blanco de rojo, esto no dicho.  
Esto de más allá, de aquí, de por entonces.  
De cine y cartelones, ágil, duro.  
Esto que se nos va y que no escucho.

En grito y vendaval le duele al mundo!

MARIO PICADO U.

## DE LO MEJOR DE TI...

Para Arturo Echeverría Loria

De lo mejor de tí quede memoria  
en lo vertido escrito, como sangre  
cuajada en pensamiento, y que ella sea  
memoria de tu paso por la vida.  
Una mancha de sangre, ¿a quién ofende  
en la blancura de un papel, si así nos habla  
una sombra desterrada en el olvido?  
Una mancha no es nada, pero puede  
ser una nota musical o un poema  
que guarda su fragancia.

De que

tú anduviste por el mundo, quede  
como un hálito de amor, entre las páginas  
amarillas de un libro, leve mancha:  
el signo de la sangre y la violeta.

FERNANDO LUJAN

# Fernando Luján y Arturo Echeverría L.

## LA PREGUNTA . . .

### — I —

¿En dónde se queda suspensa la pregunta  
En una hoja de invisible rama?

¿En el agua y el pétalo?  
¿En la tierra?

¿En todo lo efímero?  
¿En la nube?

¿En el día luminoso  
y en la niebla del alba?

Alma, sí alma y deseo,  
como una pregunta abierta.

### — II —

Alma: un mar sin orillas,  
un grano de arena y una nube.

Leve vuelo de pájaro sin rumbo,  
sobre la piel del mar, sobre la espuma.

En los ojos del aire  
que se miran en el espejo gris de la mañana.

Alma, desnuda soledad,  
sin encontrarte.

### — III —

En las paredes vegetales  
en la montaña,  
enhiesto el árbol  
siente el alma de la orquídea.

El mar en caracoles y ondas  
deja el alma en la playa.

El hombre, de soledad cubierto,  
de verdes ansias y sangrantes espinas,  
busca sobre su piel el signo y su destino  
y en el sueño se hunde  
para buscar el alma.  
¿Adónde? ecc, humo, polvo?  
Nada.

Muerte, leve y suave muerte.  
Casi un velo en el aire  
deja caer tu sombra  
lenta y pura de soledad sin término;  
y cubre la codicia  
el amor, la esperanza.

Deja abierto el camino para el alma,  
Para encontrar en ella  
la presencia de amor  
baje la tarde.

### — IV —

Puede ser una violeta,  
o una flor ignorada...  
Es una mano de pétalos.  
Es un seno pequeño como una copa de agua.

Es la voz, la queda voz que dice  
una pequeña palabra...  
Es la misma palabra repetida  
que no necesita labios para hablarla.

Ven, en la sonrisa,  
en la mano junto a mi mano,  
en la tranquila gruta del oído  
que tu voz aguarda.

### — V —

Por los acantilados grises  
amantes de la espuma,  
por el ruido de olas golpeando  
en los vientres de los barcos de carga;  
por las paredes agrietadas de las barcas  
y de las casas abandonadas;  
por los minerales y las piedras y el polvo  
por el paso de sombras y nostalgias,  
por mi ruta perdida,  
estoy buscando mi alma...

Si encuentro un alfiler caído,  
un vidrio roto, una hoja de papel escrita a mano,  
busco esa mano invisible en la esperanza.

Si encuentro la tierra en espera de la lluvia,  
y la nube alocada bajo el ala de un pájaro,  
quiero aprisionarlas en mis ojos.  
para hacer una lágrima

Si en el camino me detiene el sueño  
y en él me hundo hasta la sangre,  
dejadme en soledad, que estoy buscando mi alma.

Cuando el humo imita a la nube,  
cuando la noche se dice a sí misma palabras de amor  
y se encuentran los amantes bajo las estrellas,  
dejadlos, que están buscando su alma.

En las rocas de los días el tiempo se resquebraja.  
En las tonalidades de la sombra  
y en la caída de la gota de agua,  
hay un hilo invisible de almas solas,  
unidas en la esperanza.

Deja que corra el ruido de todas las cosas  
y despierte la noche.  
Deja el golpe de mar, y el vino en los toneles  
entre las bodegas húmedas;  
deja los sótanos pelearse un rayo de luz  
para vestir fantasmas.

¡Escucha el oído de Dios cómo busca la muerte!  
¡Estad atentos al canto y a la lágrima!

(Viene de la Pág. 13)

En enero de 1882 cuando no había cumplido mis diecisiete años, fui nombrado profesor de Castellano y Latín, en el Instituto Nacional, dirigido a la sazón por Torres Bonnet. Algunos alumnos eran de más edad que yo; afortunadamente en los dos años que desempeñé esas cátedras no hubo desorden que lamentar y los pocos estudiantes que fueron al cajón por mi mandato, debieron el castigo más a su desaplicación que a su conducta.

Eran los cajones tres a manera de ataúdes puestos de pie con una estrecha ventanilla para evitar la asfixia, dentro de los cuales era imposible moverse. Tales instrumentos de turtura introducidos no recuerdo cuándo, fueron abolidos en 1885.

La escuelita de mi primo José Ramón se había elevado ya a la categoría de colegio y allí también, durante dos años, di clases de castellano, latín y no sé cuántas cosas más.

El año de 1883 es para mí de dolorosa recordación.

Tengo dicho que la situación pecuniaria y la salud de mi padre eran malas.

Para hacer frente a la primera y sin tomar en cuenta la segunda, contrató la construcción de la aduana del incipiente puerto de Limón—en donde había muerto de fiebre amarilla mi tío Abundio— y allí permaneció algunos meses al frente de su cuadrilla de peones.

Sus cartas iban siendo cada vez menos frecuentes, hasta que alarmado yo por esta circunstancia y por la de advertir que su letra de trazos iguales y enérgicos era ya trémula e insegura, resolví ir a verle. Cuántas peripecias me ocurrieron en aquel viaje, que entonces se hacía a caballo hasta Carrillo, y de allí en ferrocarril hasta el puerto. Llegué al fin sano y salvo; pero encontré tan mal a mi padre, que le convencí de que era menester volver a casa. Así lo hicimos tres días después, y nunca olvidaré la satisfac-

ción con que se metió en la cama la noche de su llegada, al verse de nuevo en el seno de su familia. Desde entonces fue extinguiéndose rápidamente como una hoguera que se consume sin ruido, y el 13 de diciembre, después de estar todo el día en la sala y dictarme una carta incoherente, se acostó al anochecer y expiró a las diez, serena y sosegadamente.

Para pagar a los acreedores fue preciso sacrificar El Cerco, en parte del cual se levanta hoy el molino de trigo establecido por don Rafael Yglesias, y a duras penas pudimos salvar nuestra casa de habitación.

La situación económica del país era desastrosa. Las libras esterlinas que en años anteriores rodaban por todas partes, se habían ido por donde vinieron. A las diversas intenciones para derrocar al Presidente Guardia, había sucedido una época de modorra, de frialdad política, como si el pueblo se hubiese ya resignado a sufrir la dictadura vitalicia.

Por eso a la muerte del dictador, ocurrida pocos meses después de la de mi padre, no hubo manifestaciones de ningún género y la multitud presencié los suntuosos funerales con la indiferencia con que asiste a cualquier fiesta religiosa. Cuando era yo alumno de la Escuela del Norte, la política era la comida cotidiana en todos los hogares y de ahí que trascendiera hasta los establecimientos de educación.

No hay para qué decir que casi todos los escolares éramos enemigos del Gobierno, y cada vez que entraba un nuevo alumno nuestra principal preocupación era preguntarle si era partidario de "don Tomás".

Yo creo que los latinos tenemos el germen de la anarquía en la sangre.

Mientras los germanos y sajones se someten ciegamente a la ley, porque en su cumplimiento está la libertad de todos, los latinos quebranta-

mos deliberadamente las nuestras, sólo porque son mandatos. "Por qué fuman en la platea, siendo prohibido?", le preguntaba yo a un español en un teatro de Barcelona. "Pues por eso mismo", me contestó.

Nuestros gobiernos ideales son los que no gobiernan: apenas quieren hacer sentir el peso de la autoridad, todos gritan, "¡Arbitrariedad! ¡Tiranía!" y como recurren a protestas subversivas, el gobernante echa mano a su vez de medidas extraordinarias y aparece el dictador. Guardia era un hombre inteligente, enérgico y audaz: suplía su escasa instrucción con un conocimiento admirable de los hombres, que le permitía utilizarlos a su antojo, anulando a sus enemigos y granjeándole adeptos fanáticos. Ningún mandatario costarricense ha tenido servidores más fieles; ninguno ha sentido como él tanta confianza en sí mismo ni tanto menosprecio por el

pueblo que tenía metido en un puño.

Nunca se me despinta la figura marcial de don Tomás cuando iba a misa de tropa, con uniforme de gala, capa de forros de grana y sable con empuñadura de oro, grave sereno, mirando siempre al frente, con la expresión del jefe acostumbrado a mandar y a ser obedecido.

De los sucesos políticos ocurridos en los años setentas, se me vienen a la memoria naturalmente, los que más impresionaron mi alma de niño. Es el primero el asalto al cuartel Principal, ocurrido en la madrugada del 29 de julio de 1877, y del cuál me di cuenta por una mera casualidad. A las cinco se casaba un sirviente, criado desde pequeño en casa de Don Mauro Fernández (el mismo que llevó mi cartilla en una bandeja) y como toda la familia estaba invitada a la boda, yo pasé la noche despabilado, temeroso de perder tan grande acontecimiento. Como mi

## I. C. E.

Así como el ICE tiene un pasado, tiene también un presente y un futuro. Porque al ser una Institución viva, que se proyecta hacia el país confirmando día con día su razón de ser, debe proceder a la explotación acuciosa de los recursos eléctricos con miras a la prestación de un servicio que garantice a los costarricenses la realización de su ideal.

El futuro del ICE es la consecución de su planeamiento, que determina los caminos y metas para llevar a cabo entre otras cosas:

- Llenar las necesidades eléctricas del país para impulsar su desarrollo, porque la electrificación no es un fin en sí, sino un medio para dar campo a la industria, a la civilización productiva y a la cultura.
- Aprovechar los recursos hidroeléctricos del país que son abundantes, pero no de tal magnitud que no obliguen a llevar a cabo su aprovechamiento en forma racional y sin despilfarro alguno, con amplia visión del aprovechamiento integral futuro.
- Suministrar la energía eléctrica sin finalidad de lucro y únicamente como medio de fomento de las actividades productivas del país. La oferta de energía debe preceder a la demanda. Los precios de venta deben ser al costo y estables dentro de los mayores lapsos posibles.

El presente del ICE es el desenvolvimiento de sus trabajos, empeños y proyecciones con miras a alcanzar su futuro.

**INSTITUTO COSTARRICENSE DE ELECTRICIDAD**



cuarto distaba del cuartel poco más de cien varas en línea recta, pude percibir claramente los disparos y gritos de "Muera Guardia" "Mueran esos bandidos". Me levanté al punto y, aprovechando la confusión de la familia, me escabullí y corrí a la casa de don Mauro, situada a la vuelta de la esquina y allí permanecí en la puerta con varias personas que comentaban el suceso. Pasó corriendo un hombre alto, con el fusil en la mano (era, según dijeron, don Zenón Castro) y poco después me invitó el novio para ir con él a traer las arras que había dejado en la tienda "Fernández y Tristán", enfrente de la actual Ferretería Macaya. En el momento en que el sirviente metía la llave en la cerradura, nos dispararon del cuartel una bala que pasó zumbando por encima de nuestras cabezas. Afortunadamente al regreso no se repitió el saludo: pero en mi desafortunada carrera me pareció que en torno mío volaban millones de abejas, persiguiéndome con sus fatídicos zumbidos.

Por la mañana vi llegar presos a varios de los comprometidos en la conspiración—en cuenta dos parientes cercanos míos—; vi al doctor José María Castro con grillos en el patio de la casa presidencial; y por último, colándome en casa de José Antonio Chamorro uno de los revolucionarios muertos en el asalto, le vi tendido en la sala, con la camisa entreabierta, dejando ver en el pecho el espantoso boquete que abrió la bala al salir (pues fue tirado por la espalda, mientras sacaba armas del cuartel para la gente que estaba en la calle y que no se atrevió a entrar).

Era Toño el lion de la sociedad josefina por su varonil apostura, su exquisito trato, su hidalguía y su valor a toda prueba. Su entierro fue el primero al cual concurren señoritas (porque antes no se acostumbraba que las mujeres acompañasen al cementerio el cadáver de un hombre).

El cortejo fúnebre fue imponente y hubo algunas ma-

nifestaciones de protesta contra el gobierno. En los días siguientes era público que se iba a fusilar al cabo que abrió la puerta del cuartel a los revolucionarios, por lo cual un grupo considerable de señoras fue a pedir al Presidente que revocara la sentencia. Una mañana formó la tropa el cuadro en la Plaza (hoy Parque Central). Resonaron las cornetas, y el general Guardia saliendo del cuartel, con uniforme de gala y rodeado de militares fue a colocarse en el centro del cuadro.

Volvieron a sonar las cornetas, y el cabo fue conducido con grillos y esposas al mismo lugar. Todos los muchachos estábamos asustados, porque no nos cabía duda de que se iba a fusilar al reo allí mismo; pero Guardia tomó la palabra, afeó la conducta del culpado, y refiriéndose al 27 de abril dijo: "Así se entra a un cuartel, a pecho descubierto".

En aquel instante un pilluelo que estaba a mi lado silbó lanzó un gruñido burlón y se escabulló entre el gentío. Guardia se desconcertó un poco, y tres o cuatro cabos se dirigieron servilmente a castigar al atrevido, y creyendo que era yo me asieron de los brazos. Paralizado por la idea de ser fusilado con el cabo, no pude siquiera defenderme: afortunadamente mis vecinos hicieron ver su error a los celosos militares y así me vi libre de sus garras, y eché a correr sin esperar el fin de la fiesta.

También tuve ocasión de presenciar otras manifestaciones de aquel gobierno de fuerza. Yo ví, por ejemplo, a José Bonilla y a Faustino Padilla atados codo con codo, atravesar las principales calles de San José, camino del destierro. Yo ví al anciano don Ramón González, mi vecino, conducido con grillos en una carreta descubierta hasta Puntarenas, para ser deportado a San Lucas por haberse negado a pagar una contribución forzosa de treinta mil pesos. Finalmente, ví al doctor Salvador Jiménez... Pero esto merece párrafo aparte.

Dr. Salvador Jiménez honra

y gloria del foro costarricense, se conquistó altísima reputación como abogado, como profesor y como autor de notables obras de Derecho; pero su figura toma mayores proporciones cuando se la ve por el aspecto del patriotismo.

De baja estatura, algo grueso, expresión firme y enérgica, poseía uno de esos espíritus de temple férreo en el cumplimiento del deber y de profunda ternura en el seno del hogar. Le conocí muy bien, porque su casa y la mía estaban contiguas y nuestras familias mantenían íntimas relaciones. Guardia logró dominar peligrosos enemigos, humillar a muchos y atraerse a otros; jamás pudo doblegar un ápice aquella alma rígida como una columna de bronce. ¡Curioso pueblo el nuestro! Erige un monumento a un joven salvadoreño que llevado del espíritu aventurero de la raza se unió a un grupo de revolucionarios para invadir el país, y no recuerda siquiera el nombre del ilustrado ciudadano que dio a la juventud tan heroico ejemplo, combatiendo los desmanes de la dictadura y sacrificando su posición, su libertad y su salud en aras de la república.

Estando mi familia de temporada en Alajuela, a causa de la enfermedad de mi padre, supimos que don Salvador ha-

bía sido trasladado de la capital a aquella ciudad, de paso para el presidio.

Como el cuartel estaba enfrente de nuestra casa, mi madre preparó la comida para el doctor y yo fui el encargado de llevársela. Después de muchas dilaciones, consultas del oficial de guardia, idas y venidas, me dejaron entrar en el patio. Tan extraño fue el espectáculo que presencié, que me eché a temblar, y habría dejado caer la bandeja con los platos si un soldado no me los hubiera quitado.

El doctor Jiménez, con las manos atadas a la espalda y sujetas de una cuerda pendiente de una polea, estaba así suspendido en un corredor y apenas tocaba con la punta de los pies el suelo: estaba pálido, pero sin quejarse ni decir palabra, con los ojos entornados.

No volví más al cuartel; no por miedo de compartir el suplicio del heroico abogado, sino sencillamente porque sus carceleros me notificaron que era prohibido llevar alimentos a los detenidos.

En presencia de tales cuadros no parecerá extraño que los escolares de entonces tuviéramos nuestras opiniones políticas ni que considerásemos a don Tomás como el Arihmán de la leyenda mazdeísta.

## POESIA ETERNA.—

### SONETO...

(Inédito)

Mar Caribe, de sangre y llanto ronco,  
mar de injusticia y luto entre los mares  
al que diosas con serpientes capilares  
hicieron lúbrico, irascible y bronco:

hoy débil lanzo en caramillo tronco  
a tus vientos violentos mis cantares;  
y con tu estirpe de ansias y pesares,  
plañidera de amor, mi vida entronco.

Mi nave surca tu ondular corusco  
y sueño en tu ventrón un gran molusco  
que ávido esconde a mi celeste Perla.

¡déjame sumergirme a lo más hondo  
de tu entraña de púrpura, a tu fondo  
trágico, y ver si puedo recogerla!

ADOLFO ORTEGA DIAZ

# El libro de don Carlos Gagini

por Alberto F. CAÑAS

La Editorial Costa Rica ha iniciado sus labores con la publicación del libro "Al Tráves de mi Vida", memorias inéditas de don Carlos Gagini.

El manuscrito reposaba en manos de la familia del autor, y es a la profesora Lilia Ramos a quien le debemos el tener el libro en las manos.

Un prólogo de la propia Lilia nos recuerda la figura amable, dadivosa y enciclopédica de su autor. De suerte que cuando comenzamos el libro, nada nos viene de sorpresa.

Es la historia de un costarricense nacido en el último tercio del Siglo XIX, y a quien le tocó vivir una época de grandes convulsiones y cambios. Pero no es (sino por inferencia) la historia de esos cambios y de esas convulsiones, sino el relato de una vida vista casi solamente en el ámbito de lo privado.

Los primeros capítulos, son la narración autobiográfica infantil más divertida que exista en nuestra literatura. Con enorme candidez, Gagini nos lleva para la gran aidea que era el San José de los tiempos de Guardia, de escuela en escuela y de internado en internado, que es decir de travesura en travesura, y

de escapatoria en escapatoria. Y el libro tiene, en esos capítulos, el delicioso sabor del mejor Magón.

Hay una frescura asombrosa y refrescante, y una poética franqueza, en los relatos de vida estudiantil, y en las confesiones de vida amorosa de un adolescente de 1880.

Quizás el libro pierde un poco de espontaneidad, cuando Gagini nos comienza a contar de su vida de profesor. Pero si pierde espontaneidad, no pierde amenidad, ni tampoco el zahorí sentido con que el autor escoge las anécdotas que ha de contarnos. Y merced a su prosa simple pero pulcra, desnuda pero eficaz, siguen desfilando ante nosotros una sociedad definitivamente desaparecida y un sistema político en agraz.

Hay algo curioso en "Al Tráves de mi Vida"; y es que conforme avanza la narración, se va introduciendo en ella un elemento de amargura cada vez más acentuado. Se queja Gagini —y en términos duros— de aquellos contemporáneos suyos a quienes consideraba sus enemigos y destructores. Y poco a poco hasta el final (el libro llega hasta 1913 y quedó inconcluso), insiste en presentársenos como un hombre acorralado.

Esta posición está, por otra parte contradicha por el testimonio de quienes le conocieron, y dan fe de que siempre fue hombre de buen humor, y que siempre gozó del respeto de sus alumnos y del cariño de sus ex-alumnos.

Quizás (esta interpretación la hemos oído de gentes que estuvieron un poco cerca de la polémica), lo que pasó fue que cierto conservatismo del maestro Gagini, terminó por chocar con el impetu liberal de ciertos elementos que en esos comienzos del Siglo XIX eran cada vez más preponderantes.

Es posible. En todo caso, la única declaración de fe política que el Maestro Gagini hace a lo largo del libro, es sorprendente en un hombre de la cultura humorística de él. Desconfía de la capacidad

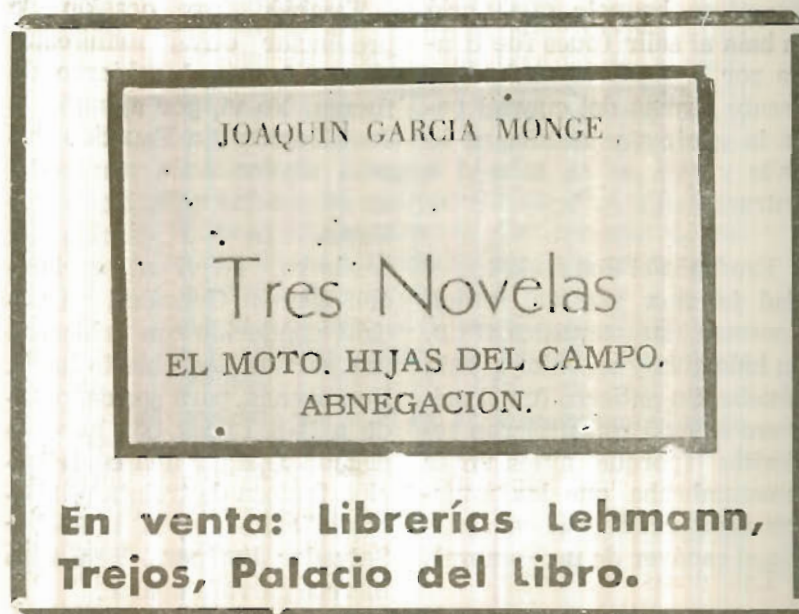
de Costa Rica para vivir la democracia.

Desgraciadamente, no llegó a escribir las páginas que prometía sobre la dictadura de Tinoco. Habría sido interesante conocerlas.

La aparición de "Al Tráves de mi Vida", puede causar (y debería causar), un nuevo interés en el más grande de nuestros filólogos, en uno de los maestros que más honda huella dejaron, y en uno de los hombres que más trabajaron en el campo de nuestra literatura, campo donde —es bueno saberlo— obtuvo éxitos de público que pocos, si es que alguno, de sus contemporáneos lograron.

La crítica contemporánea, es cierto, no toma hoy muy en serio sus novelas. Pero fueron —guardadas las proporciones— buenos éxitos de librería, que deben haber satisfecho a su autor. Y sus éxitos como autor teatral no son desdeñables.

Su verdadero monumento está en el "Diccionario de Costarricense"; y, posiblemente, en los capítulos iniciales de este libro póstumo (publicado a 36 años de su muerte), sobre los cuales creemos, habrán de volver en lo sucesivo las generaciones de lectores, en busca de inigualable entretención, de picardía, de retrato de costumbres, y de buena y castiza prosa.



# Un bello libro de Cardona Peña

por Celso AMIEVA

Alfredo Cardona Peña, poeta por la gracia del sol, de la tierra y del agua, no es lo que común y peyorativamente suele llamarse un erudito. Es verdad que lee mucho, que estudia mucho, que sabe mucho, que está maravillosamente servido por una infinita curiosidad, por un eclecticismo de buen gusto, por una sutil inteligencia y una memoria privilegiada. Poeta de hoy, habitante en el presente y sabedor del presente, conoce el pasado y abunda en intuiciones del futuro. Con un poco menos de joven y un mucho menos de poeta, quizá sería un erudito en regla. Pero los dioses no lo quieren así, por fortuna para nosotros. Demos gracias, pues, a los dioses que permiten a Cardona Peña brindarnos en este **Recreo sobre las Letras** (Ediciones de! Ministerio de Educación Pública de San Salvador, El Salvador, C. A., 1961) un perfecto "instruir deleitando".

Poeta hasta cuando escribe en prosa Cardona Peña ha aprendido mucho de esos poetas distintos, los de la excelsa prositud. Fino catador del verso y del no verso, quiere transmitirnos el goce de sus propios paladeos, sabores y regodeos, hacernos partícipes de sus atisbos, hallazgos, logros y recreos, generoso, incapaz de egoísmos sibaritas. Leve y breve, como la abeja sabe extraer quintaesencias, sin agobio ni tortura de la flor. El revolotea, se posa, remóntase, desciende, planea, no se cansa, no nos cansa. Aquí la miel clásica y aquí la miel moderna. Fresca e ardorosa, densa o fluida, ácida o dulce, miel siempre rica, jamás empalagosa melaza.

Las glosas de Cardona Peña no son crítica según el uso

chapucero y gacetillero. Su criterio ejercido se resuelve en creación propia, pues interpreta, crea sobre lo creado, re-crea, nos recrea. En Barba Jacob, Quevedo, Berceo, vistos por Cardona Peña, hay Berceo, Quevedo, Barba Jacob, más Cardona Peña. Unamuno, el nativismo, el lenguaje que dura destruyéndose y renovándose, la erudición, la gramática, los refranes, la retórica, el estilo, Azorin y Montaigne, los americanismos, el goce de la descripción... Mucho menos tiempo nos lleva el leer que el meditar sobre lo leído.

El Arcipreste de Hita, las Novelas Ejemplares y el Persiles, el Ulises de Joyce, La Bruyere, Salarrué, León Felipe, César Vallejo, Balzac y Stefan Zweig, André Gide, Migue! Hernández, San Pablo y San Jerónimo, Gómez de la Serna, Blanco Fombona, Manuel Ugarte, la literatura de misterio (campo en donde prepara una sorpresa) y la culinaria de Alfonso Reyes... Diversidad, diversión, recreo.

Buena parte de este "Recreo" lo constituye en veintidós capítulos una **Glosa a la Poética**, cuya lectura nos trae aparejada con el deleite una indefinible desazón, es decir, nos hace más perceptible esa pequeña desazón que ya nos cosquilleaba desde las primeras páginas del libro: un singular desasosiego cuyo motivo no acertábamos y del que no nos atrevíamos a hablar. "La poesía es lenguaje de almas y no lenguaje de intelectos, verbo puro sonado y no jeroglífico de iniciados", lanza Cardona Peña, entre sus bengalas irrefutables. Y caemos en la cuenta de que, inconscientemente, lo que veníamos deseando (en vano, de

ahí el desasosiego) era que Cardona Peña nos diera pie para resistirnos un poco a su corriente persuasiva, para no estárnosle siempre conformes, para discutirle algún punto, para cruzar con él nuestras armas siquiera una vez, pues en el fondo del espíritu anida siempre alguna belicosidad que pugna por encontrar su objeto.

Pero no hay manera, y descubrimos cómo puede causarnos algo parecido al despecho, la lectura de un libro que nos satisface desde la primera li-

nea hasta la última. Este libro de Cardona Peña, rezongamos, hubiéramos querido escribirlo nosotros. De tal modo nos parece que transcribe, mejorándolo diáfana-mente, nuestro propio ver, sentir y pensar. Y nos imaginamos, increpándola, una absurda telepatía ladrona.

Después nos sosegamos poco a poco. Nos felicitamos con orgullo y modestia a la vez —sí, a la vez—, tras averiguar que coincidimos con un gran poeta. El ha escrito brillantemente lo que nosotros sentíamos y pensábamos de oscuro modo, eso que no hubiéramos sabido expresar. Colocamos el libro, entre los muy dilectos, próximo a la cabecera de nuestro lecho, y brota en nosotros una gratitud hacia Alfredo Cardona Peña, escritor y poeta, y hacia el Ministerio de Educación de la República de El Salvador, que pulcramente nos hizo accesible este **Recreo sobre las Letras**.

EL PUEBLO DE COSTA RICA  
ha usado y sigue usando



# Zepol

Contra Resfrío,  
Catarrros,  
Influenza y Gripe,

Exija el legítimo ZEPOL  
de acción prolongada.

¡No se disipa!

DEL LIBRO INEDITO "FANTASIA CONTADA".—

# Trompetas y Gallos

por Alfredo CARDONA PEÑA

Aquel viejecito del campo, hombre fabuloso y cavilador, leyendo a San Marcos se impresionó profundamente al llegar al capítulo XIII, que trata de las predicciones o señales del fin del mundo, y concretamente con el versículo 35, en donde se escribió: "Velad... porque no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa: si a la tarde, a la medianoche, o al canto del gallo, o al amanecer..."

Con un lápiz cacarizo subrayó al canto del gallo, razonando que de los tres anuncios del evangelista el más digno de temor era ése, puesto que dicha ave puede cantar al amanecer, durante el entrelubricán o a la medianoche.

Púsose a escuchar los clarines de esos animales, llegó a la conclusión de que unos y otros se transmiten un mensaje en clave que nadie ha desentrañado jamás. No andaba tan descaminado, pues los gallos, al nacer el día, son como telegrafistas que se apresuran a felicitar a la naturaleza por ese milagro indecible que es el amanecer.

El viejecito, para descansar de temores, dio voces a su sueño, es decir, inventó una fábula, y gustaba referirla a los muchachos con una sonrisa que era el emblema mismo de la mentira piadosa.

"El gallo de mi compadre —explicaba— pasa su alerta al vecino, y éste al que sigue, y así por toda la redondez de

la tierra, por montes y collados, por desiertos y llanuras, hasta llegar a un gallo que vive en el Japón, el cual recibe todos los cantos de sus hermanos en especie. Este gallo finalista es el Emperador de los Gallos, o Gallo Sagrado; tiene un plumaje completamente blanco y su cola mide varios kilómetros, pues por cada canto que recibe le nace una pluma. Va guardando todos los mensajes en una gruta que sólo él conoce, y el Día de la Tembladera abrirá la gruta y de ella saldrá un estrépito que conmoverá el orbe hasta sus cimientos: esa es la trompeta de que nos habla San Mateo en el capítulo XXIV".

De la fábula pasó a la verdad, pues no se detuvo ahí,

sino que comenzó a comprar gallos, y los atendía y alimentaba como si fueran sus hijos.

Cuando murió, el Señor premió su candor y lo condujo a un cirro antiquísimo que previamente había transformado en catedral. Sobre la nave del centro, posados en cañas de oro, se encontraban miles de gallos, los más bellos que imaginarse pueda: gallos tornasolados, gallos giros con picos de zafir, gallos con pechos como yelmos relucientes, gallos que cuando cantaban producían hosannas multicolores, gallos cuyas crestas semejaban turbantes, gallos con espolones como proas de barcos antiguos...

El Señor le regaló estos animales, y el premiado se consagró a ellos, dirigiendo sus conciertos con embeleso y solicitud.

Un día los ángeles discutieron si al viejecito debía llamársele "Director de la Trompetas del Juicio final", o, simplemente, "Encargado de los Carillones Celestes". Uno de ellos se enojó de tales minucias, alegando que el viejo había interpretado las Escrituras con poco respeto, y entonces Dios condenó a ese ángel malicioso a bajar a la tierra convertido en macho impotente de gallinero, y a no cantar, que es lo peor que le puede pasar a un gallo.

LOS NUEVOS.—

## Naufragio en el Térraba

por Israel VARGAS C.

La centelleante luz solar de aquella tarde en el estero, parecía despedir con opalinos matices el día que espiraba. Ya las sombras se cernían sobre el pequeño muelle que aguantaba la embarcación, cuyo motor pronto rasgaría esa apacible quietud de la tarde mortecina y se deslizaría por las oscuras aguas de aquel brazo de mar, hacia su próximo destino.

Los pasajeros, esperando impacientes la orden de poder subir y buscar algún buen lugar veíanse, nerviosos unos,

calmos otros y los más optimistas reían o charlaban. Algún tiempo después el joven capitán daba la ansiada orden de abordar la nave e insistía en que se hiciera despaciosamente y con cuidado; algunos marineros acatando sus órdenes ayudaban a niños y mujeres en la dificultosa operación.

Los motores, con ruido ensordecedor comenzaron a roncar, haciendo cimbrar la nave que ya soltaba sus amarras e ibase alejando un poco de la orilla; un pitazo fue la

señal de su partida y sus luces que a medias iluminaban la barca parecían luciérnagas encendiendo y apagando su luz.

Tres horas más tarde, a la luz de las estrellas que pálidamente iluminaban el mar, embargábame una profunda nostalgia por el puerto que dejaba, y lo incierto de mi viaje. A lo lejos, simulando las estrellas, la luz artificial del puerto enviábame como un postrer adiós sobre el callado mar que a ratos dejaba oír su monótono y ronco ru-

gido con sus amenazantes olas. Mas no todo fue apacible en el accidentado viaje. Encapotóse el cielo y la barca, cual indómito potro cerreño levantaba su proa que iba a hundirse en el vacío un poco más adelante. Las olas encrepadas metíanse en su interior mojando a sus ocupantes que ateridos y asustados algunos, no podían conciliar el sueño interrumpido por el vaiven del mar. A pesar de todo, esto fue un viaje de rutina. Al despuntar el alba, hallábase la frágil nave cerca de la desembocadura del fa-

# El novelista en un mundo fuera de razón

por Alan PRYCE-JONES

*Autor y periodista es la categoría en que se clasifica a sí mismo el londinense ALAN PRYCE-JONES. Como autor lo han representado en los Estados Unidos solamente dos de sus libros, un estudio sobre Beethoven y Hot Places, colección de cuentos cortos de ambiente sudamericano. Como periodista, es el anónimo director del Suplemento Literario de The Times, y en calidad de tal constituye un importante valor literario en Inglaterra y en todo el mundo de los libros.*

\*\*\*

A todo el que haya leído una amplia porción de los libros que se publican actualmente en Inglaterra y en la América del Norte debe haberle llamado la atención cuánto reflejan aquéllos, lo mismo que el siglo, el tono particular de la gente de mediana edad. Es como si la literatura hubiese vuelto la espalda por igual a la tibieza del verano y a la brillantez de enero para expresar el escaso y melancólico placer que pueden proporcionar el olor del bosque húmedo de afuera y

las primeras vaharadas del vapor que calienta los interiores.

Esto no es primordialmente un reproche a los autores, aunque es notable que una proporción sorprendentemente alta de libros modernos, desde "La tumba sin sosiego", de Cyril Connolly hasta "Del otro lado del río y entre los árboles", de Hemingway se ocupen de la angustia que experimenta la gente entrada en años. Como la mayor parte de la sección articulada de la raza humana es de mediana edad, puede tolerarse esta preocupación. Lo curioso es que los escritores le hayan concedido tanta exclusividad. El miedo al porvenir, la fatiga, el hábito de la introspección, la pérdida de la fe: todo esto ha obrado en contra del ardor de la juventud y de la serenidad de los años en favor de una actitud intermedia ligeramente agria. Sin embargo, lo que más parece haber afectado a los escritores es la desaparición de temas que tratar.

Esto parece una paradoja.

moso Terraba y disponiase, con la llegada del astro deslumbrante, surcar sus aguas hacia Puerto Cortés. Sin duda por haberse pasado la hora de creciente, la barca encalló donde el mar y el río chocan con ímpetu bravío; rómpese su fondo y la nave hace agua que, poco a poco comienza a llenar sus bodegas. Enviase a todos los hombres ocupantes del navío dentro de las bodegas para imponerles la difícil tarea de achicarla, otros son

enviados en bote a pedir auxilio. Cede la nave y los hombres también ante la fuerza de la Naturaleza. Se escapan exclamaciones de congoja y algunas mujeres con sus inseparables oraciones invocaban al "Dios Padre y Redentor Nuestro". Otras lloraban abrazadas a sus hijos sin dejar de rezar.

Se arrojaron al mar muchos enseres de valor: máquinas, paquetes, fardos, cajones,

¿Cómo es posible que un mundo en fluctuación carezca de tema? Con todo, los temas que surgen de tan violento embate a la condición humana —sean morales, sociales o científicos— terminan convirtiéndose en un espejismo. No se les puede asir ni es posible trabajar en ellos; únicamente sirven para contemplarlos en silencio o como motivo para proferir exclamaciones. Y por ello, no cabe duda, algunos de los mejores escritores hoy vivos —escritores como E. M. Forster o Max Beerbohm<sup>1</sup>— prácticamente cesaron en su actividad una generación antes de que les fuera necesario hacerlo. Su mundo había desaparecido, sin nada que ocupara su lugar.

Quienes más sufrieron fueron los novelistas. Para escribir una buena novela lo que hace falta es mantener perfecto dominio del asunto. Sin embargo, si el asunto sigue cambiando constantemente eso se torna imposible. Y en una época en que los ambientes sociales, las relaciones personales, hasta las con-

diciones de vida, nunca permanecen estáticas, los temas que podría aprovechar la obra de ficción se escinden y se vuelven a juntar una y otra vez y se escurren como el mercurio. No se concibe que llegaran a escribirse novelas como "Tom Jones", o "La letra escarlata", o "Middlemarch" a menos que hubiese sido generalmente aceptada una cantidad de suposiciones básicas sobre la naturaleza humana y la sociedad. Todavía menos habrían podido lograr sus fines observadores analíticos como James o Proust sin el conocimiento de que hablaban a un auditorio que debía, por fuerza, experimentar como un auxilio o como un irritante ciertas convenciones determinadas. En suma, los grandes novelistas del pasado siempre sabían exactamente a qué atenerse. Ahora, sin embargo, ningún novelista lo sabe. Y así sus perspectivas de transmitir una noción clara del mundo en movimiento son escasas, en verdad. Se pasará la mayor parte del tiempo ajustando sus miras.

Por esta razón están desmoronándose las categorías en que normalmente se coloca a los escritores. ¿Escribía novelas George Orwell? ¿Era poeta Joyce? ¿Dos Passos es algo más que un gigantesco folletista? Cuestiones por el estilo afloran constantemente. Y siempre porque la gran mayoría de los escritores da la impresión de tener dificultades para hallar el tema, y tratan, en consecuencia, de salvar el estado declinante de su inspiración prolongando su técnica a otras esferas.

<sup>1</sup> Recientemente fallecido (N. del T.).

barriles, estañones y todo cuanto pudiere aligerar su peso.

El nerviosismo y el miedo contagió a todos, y pronto fue aquello una confusión de lamentos, idas y venidas de la gente, que, con gran pavor creía llegado su fin imaginándose ya en las fauces de alguna fiera marina o de las gigantescas olas que estrellábanse en la playa.

Cinco o seis horas de te-

rror que parecieron siglos, mas, a lo lejos, con un silbido maravilloso, veíase surcar hacia nosotros la nave salvadora.

El júbilo y el contento cambió aquel panorama de tristeza y desolación, ya las mujeres podían estar tranquilas, sus oraciones habían sido escuchadas por el "Dios Padre y Redentor Nuestro".

Quedan dos grandes alternativas: guardar silencio o dedicarse a sermonear. Entre los escritores maduros, hay bastantes que se contentan con repulir libros viejos para lanzar una nueva edición, con escribir una reseña ocasional y con quejarse. Razones para quejarse tienen muchas. El género de vida que en tiempos pasados dio lugar a tan buena producción literaria—aquella vida que transcurría a orillas de mares más cálidos, cuando los literatos se reclinaban contra el mostrador de zinc de un café de París o se paseaban por una cuerda floja intelectual sobre el peligroso paralelo que compartían Nueva York y Capri— ha desaparecido. Lo grato ha pasado de moda. El sosiego escasea. Tener dinero significa pagar impuestos. Cómo ha de extrañar, pues, que muchos escritores se apliquen a ganarse la vida con la mayor facilidad de que son capaces, oficio éste que no da cabida a la producción de buena literatura. Entrados en años antes de lo que debieran, revisan, editan, escriben libretos para el cine y secciones fijas en los diarios, siempre atentos a la idea general de que el año que viene les será más fácil empezar algo verdaderamente grande.

Estos son los que enmudecen. Y entre los que enmudecen hay novelistas excepcionales como Christopher Isherwood, poetas, como Peter Quennell, que se satisfacen con un solo volumen de versos admirables publicados años atrás, críticos creadores como William Empson, que con una virada se alejan de lo que les ha valido el éxito e inician una nueva vida en otro continente. En ninguna otra edad, tal vez, esos talentos se habrían dejado desviar de su manifiesta vocación por la presión de las circunstancias.

Y ninguna otra edad—ni siquiera la victoriana— habría compensado el silencio de aquellos escritores con tanto sermoneo. Porque en todas partes se alzan voces para exhortar. Entren en la Iglesia. Afiliense al Partido. Firmen la Promesa. Arrojen la

Bomba. Levanten la Cortina... Entre todas las señales de que faltan temas para escribir, ésta es la más grave, con toda seguridad. Puesto que únicamente en una sociedad totalmente desordenada la amonestación suple a la imaginación. Y con todo a veces parecería cundir la idea de que sólo se justifica escribir si con ello se hace mudar de opinión a los demás.

Esa es precisamente la actitud de la gente de mediana edad. Siente que se halla en la flor de la vida, ansía el poder, quiere que se la escuche. Y se puede señalar escritores de firme convicción que han conseguido justamente ese propósito, escritores como Graham Greene, Evelyn Waugh, Arthur Koestler. Estos, sea como fuere, han encontrado tema para escribir.

Y, naturalmente, es así. Han tomado algún vasto tema general, como ser la naturaleza de la verdad, o de la libertad, y la ejemplificaron en forma de novela. Sin embargo, esto es muy diferente del hecho de tomar la vida que nos rodea y sacar de ella algo permanente. Porque puede que el objeto de abordar un gran tema general sólo sea el de predicar un sermón a su respecto. Después de la edad de los mandarines llega la de los que aprovechan las circunstancias para sus fines particulares.

Probablemente eso era inevitable. En tiempos en que no hay mucho tema para escribir es mejor ponerse a disertar sobre las verdades eternas que excogitar algo nuevo nada más que por la novedad del asunto. Y por lo que hace al sermoneo, una de las lecciones de la experiencia es que pocas cosas deparan más satisfacción general que el haber recibido un escarmiento, en tanto que no sea preciso entrar inmediatamente en acción.

Sin embargo, a los jóvenes se les plantea una ingrata perspectiva. Mientras sus mayores van rastrillando y amontonando las hojas secas del otoño, ellos siguen privados del estímulo o de los inconvenientes que podrían incitarlos a avanzar en su ca-

rrera. Las tertulias en que solían encontrarse y donde trababan conocimiento con escritores de mayor edad, las revistillas literarias en que podían practicar sus propios experimentos, y sobre todo las posibilidades que antes tenían de permanecer improductivos de tanto en tanto para dedicar el tiempo a clasificar nuevas experiencias, escasean más y más. Al mismo tiempo, en el mundo de la literatura no hay mucho contra lo cual puedan reaccionar. Por ejemplo, según se reconoce por lo común, los mejores poetas del momento son o de edad mediana o más viejos, y clasificar a T. S. Eliot, Robert Frost, Edith Sitwell, Marianne Moore y W. H. Auden como árboles caducos sería plantear una situación muy distinta de la que crearon esos mismos poetas cuando eran jóvenes y limpiaban el huerto de matas y rastrojos.

La impresión general de edad madura que se observa en la literatura es consiguientemente reforzada por la buena conducta de los jóvenes. Estos ya no estampan sus poemas con dibujos caligráficos (como Apollinaire), ya no lanzan documentos insultantes como el "Estallido" de Wyndham Lewis. Ni siquiera leen sus poemas con un megáfono en la mano. Por el contrario, se esfuerzan por emplear el tono bajo, por ser precisos y observadores..., actitud que es la nota dominante de la edad madura.

Fácil es echar de ver que las revoluciones literarias no ocurren tan sólo porque son necesarias; al mismo tiempo, no es menos evidente que esta actitud de reprimido respeto es nociva para todas las generaciones. De vez en cuando, una andanada de injurias como las que años atrás acostumbraban Roy Campbell o Siegfried Sassoon es una ducha de las más salutíferas para las reputaciones consagradas. Tal como están las cosas, uno de los muchos síntomas de otoño en la literatura inglesa y norteamericana es la escasez de sátira eficaz, y hasta de crítica enérgica. Una experiencia decepcionante para quienes han conservado su inocencia literaria es compa-

rar la fría punzada del comentario verbal que alcanza a la mitad de los escritores de hoy con las palmaditas de aprobación que esos mismos críticos otorgan cuando escriben.

Una sociedad que trata de maniobrar en todos los campos con discordantes escalas de valores difícilmente pueda hacer una excepción con el mundo de la crítica literaria. No obstante, será una saludable señal de resurgente vitalidad que los críticos vuelvan otra vez a escribir lo que piensan en vez de lo que imaginan que deberían pensar; que regresen a los principios, aunque no a los métodos, de la "Saturday Review" y del Athenaeum de las postrimerías del siglo XIX.

Porque se ha de producirse un verdadero renacimiento de la literatura creadora —y a todas luces se ve que ese renacimiento sólo precisa el toque incandescente del genio que lo eche a andar, así como en el pasado encendieron una llama escritores tan distintos como Coleridge y Katherine Mansfield— si ha de producirse un renacimiento de la literatura creadora, una de las necesidades primordiales consistirá en observar para con la crítica una norma que sea más consecuente consigo misma. Después de eso, los jóvenes tendrán que recuperar su espíritu juvenil y los de edad madura, en vez de lamentar el mundo antiguo, tendrán que tomarse un poco más de trabajo para distinguir las incipientes disciplinas del nuevo. De otro modo existe el verdadero peligro de que todo lo que es verdor en la literatura quede sepultado bajo una tupida alfombra de hojas secas.



# El movimiento modernista ha muerto

por Stephen SPENDER

*A los 45 años, el poeta británico STEPHEN SPENDER ha vivido ya lo que para la mayor parte de los hombres, literatos o no, podría pasar por una existencia completa. Publicó sus primeros versos a los 18 años, y poco después, en Oxford, se le reconoció como una de las voces nuevas de la poesía inglesa. Tuvo un coqueteo con el comunismo, experiencia que describe en su ensayo de The god that failed, después se dedicó a combatirlo activamente. Estuvo en España durante la guerra civil y aprovechó ese tema. Después de la segunda guerra mundial su gobierno lo envió a investigar las condiciones que reinaban entre los escritores de Alemania y Francia. Tituló su informe European witness. Ha escrito poesías, ensayos críticos y cuentos breves, y personalmente se ha revelado en su autobiografía World within world.*

\*\*\*

"Il faut être absolument moderne", escribió Rimbaud, y fue la orden del día dada por un general a un ejército de escritores, artistas y compositores para cincuenta años, quizá. Allá están los poemas de Apollinaire sobre París, sus arrabales y sus barras, su Torre Eiffel y sus aeroplanos, y sobre sus viajes a otras ciudades. La influencia francesa recorría el mundo. Allí están los "Preludios" de Eliot, con sus noches invernales que caían "con olor a bistec en los zaguanes". Los primeros cuentos con que Ernest Hemingway pudo abandonar el "Star" de Toronto después de haber visitado en París a Gertrude Stein. Algo de la ex-

citación causada por el descubrimiento de Joyce y Valery en París, fue comunicada por Edmund Wilson en "Axel's Castle", y aunque ése no fue su mejor libro ni con mucho, posee una mágica aureola de la que carecen obras mejores. Aquella excitación era el blanco nimbo del movimiento modernista.

Las artes tenían una interrelación extraordinaria, como si fuese posible saltar de Cocteau a Picasso y de él a Stravinsky lo mismo que de un estribo a otro entre vehículos que corrieran paralelos en la misma dirección y a tremenda velocidad. La compañía que pareció organizar la intercomunicación de todas las artes fue la del Ballet Russe, dirigida por Diaghilev.

El post-impresionismo, el cubismo, la atonalidad, "la revolución de la palabra", las películas iniciales de Eisenstein, producidas poco después de la revolución rusa... todo esto compartía cierta comunidad de objetivos que parece haber desaparecido del mundo por completo. Lo extraño es que comenzó a desaparecer ya con el éxito del modernismo. Porque el movimiento que empezó con catastróficos fracasos tuvo un éxito casi universal. Sin embargo, pronto se esfumó. La gente de mi propia generación, y algunas de más edad, tal vez sienten una pena indefinible, no sin mezcla de algo que trasciende a traición, cuando piensan en este movimiento tal como era, digamos, allá por 1930.

El modernismo tiene dos impulsos, uno de los cuales ha perdido su vigor mientras que el otro se ha invertido.

El primero fue la recomen-

dación de Rimbaud, de que se fuese implacablemente moderno. Esa recomendación debía de desarrollar dentro de las artes una sensibilidad a los fenómenos contemporáneos como el maquinismo, la ciudad industrial y la neurosis. Eliot es modernista cuando observa, en uno de sus primeros ensayos, que el ruido del motor de petróleo ha modificado la sensibilidad auditiva de los poetas contemporáneos. La tarea del modernista consistía en averiguar el efecto de semejante

alteración y transmitirlo por escrito. Al hacerlo así aceptaba como inevitable situarse siempre por delante de los lectores sin que éstos consiguieran descontar la ventaja. Apollinaire, al lanzarse a la carnicería de la primera guerra mundial con el mismo entusiasmo con que —a juzgar por sus poemas— podía haber invadido, alborotando, un lupanar de Bruselas, fue un héroe del movimiento modernista, que abrazaba a la civilización industrial como si fuese una muchacha de la calle.

Los aspectos más tontos del modernismo los constituyeron los poemas que trataban de convertirse en dibujos, los "collages" a base de trozos de papel de diario, y las sinfonías ejecutadas con pitos de fábrica. Pero no eran más que caricaturas de la finalidad modernista más profunda, que consistía en crear un arte que poseyera a la vez extrema contemporaneidad y vagarosa cualidad de sueño. Cuando Van Gogh escribe a su colega

**GANADERO:**

## Las Melazas

constituyen el alimento más eficaz y más económico para su hato.

**MAYOR PRODUCCION DE LECHE**

Engorde más rápido del ganado de carne. Diez céntimos el kilogramo.— Cuatro y medio céntimos la libra.

Sólo las piedras cuestan menos que las melazas!

Pregunte al Ministerio de Agricultura e Industrias por los extraordinarios resultados que ha obtenido en sus experiencias con este alimento.

**CAMARA DE AZUCAREROS**

Van Rappard que le encanta que la gente no sepa reconocer con exactitud en sus cuadros ciertos objetos que ha pintado, porque él quiere que conserven esa cualidad de ensañación, está más cerca de lo que significaba Rimbaud al decir "absolutamente moderno", que Honegger con su "Pacífico 231".

La tónica del modernismo está, para mí, en la tensión que hay entre una mente moderna heroicamente sensible y las realidades de áspera modernidad, como la máquina, la ciudad, el ajenjo o la prostituta. Así, el futurismo, la abstracción y el surrealismo son ramales que nos alejan del modernismo, porque son excesivamente teóricos y descuidan las apariencias externas de la escena contemporánea.

La otra finalidad del modernismo —que si a primera vista parece improcedente es esencial, por cierto— fue asumir una actitud hostil a la sociedad y a todas sus instituciones. Rimbaud llevó a tal punto el culto de escupir al burgués que éste abarcó a casi todos los escritores contemporáneos suyos. El mundo de los "Alcools" de Apollinaire es un desfile de calles y monumentos conocidos cuyos habitantes son los abandonados, despreciados e ignorados. Las primeras películas revolucionarias de los rusos tienen afinidad natural con el modernismo porque pertenecen a un tiempo en que los entusiastas del arte podían concebir la revolución como la apoteosis de lo humillado y ofendido.

Los escritores norteamericanos que llegaron a París poco después de la primera guerra mundial eran instintivamente modernistas cuando el éxito no les sonreía. Mientras Hemingway fue afecto a la pobreza, detestó al público y ni siquiera quiso ser comprendido, poseyó la escueta cualidad modernista que todavía me parece ser una de las invenciones más admirables de este siglo. Pero en "Adiós a las armas" ya da la nota de la transigencia. En cierto sentido es un libro que ya se entrega al público mientras se le está escribiendo,

y no de aquellos que el público descubre después, como, por ejemplo, "Tres vidas", de Gertrude Stein.

El movimiento modernista demuestra que nada fracasa tanto como el éxito. Había razones especiales para que la explosión del éxito le resultara fatal, ya que su fuerza y también su debilidad estaban en su facultad de teatralizar la situación de cada escritor y cada artista en conflicto con el mundo moderno, y triunfando sobre él, de algún modo, con su obra. Ser "absolutamente moderno" significa aceptar o anticipar la completa decadencia de todos los valores tradicionales, precipitarse al río de los fenómenos contemporáneos y emplear la propia sensibilidad, dramatizada y exacerbada, para crear con ella el arte o la literatura. En realidad, es el triunfo del individuo sobre la máquina lo que puede destruir al individuo en definitiva. Al artista que se coloca en tal situación más le conviene que la máquina lo destruya —como destruyó a Apollinaire—, y no que lo corone con el éxito. Se puede admirar a los modernistas mientras mantengan la tensión del contraste entre su individualidad y el brutalismo de la metrópoli. Pero en el instante en que esa actitud empieza a ser lucrativa la fórmula del éxito se pone de parte del modernista. Por ello su actitud se convierte en una pose, lo cual pronto se manifiesta en su labor.

Una actitud que triunfe en el fracaso pero que no pueda resistir el éxito por fuerza ha de ser sólo una etapa. Los modernistas debieron replegarse hacia las tradiciones y hacia la sociedad a medida que el reconocimiento de méritos inevitablemente los reconciliaba con aquello a que antes escupían. Además, la naturaleza intensamente política de los tiempos en que vivimos hace que el papel de paria de la sociedad sea casi imposible de representar.

Es así que el movimiento modernista se ha convertido por asimilación en un nuevo género de conformismo y de academia. El poeta norteamericano, si bien se considera "un moderno", dicta un curso de literatura creadora en una

universidad y discurre sobre la técnica de Rimbaud, cuyo primer postulado fue despreciar al académico. El poeta inglés desempeña análogas funciones en la B. B. C. o el British Council. Las expresiones idiomáticas del modernismo se transforman en una técnica dable de enseñarse, que sirve para inculcar un sabor a estilo moderno que todo el mundo identifica, tal como las austeras investigaciones sobre la atonalidad han producido un lenguaje sumamente placentero a base de "música con notas fuera de lugar"

La situación es inevitable porque los modernistas tiraron por la borda demasiada tradición y forzaron demasiado la sensibilidad de su aislada individualidad humana. Los resultados, en su mejor momento, fueron puros y heroicos, pese a su relativa vaciedad. Pero muy pocos escritores tenían la fuerza de carácter suficiente para no transigir cuando empezaban a gozar del éxito. Transigencias como la del cambio de estilos de Gertrude Stein en "La autobiografía de Alice B. Toklas" parecen indicar que esa autora ha abandonado por completo los principios de sus obras iniciales, porque si era propio que escribiese de este modo no habría tenido ningún sentido haber escrito como antes.

Tal vez en el caso de muchos buenos escritores modernos se podría averiguar cuál fue el momento en que se produjo el desconcertante desvío de sus responsabilidades. El T. S. Eliot de su primera etapa no parece responsable ante nada que no sea su propia sensibilidad, semejante a la de su Prufrock. Hoy Eliot parece estar en relación de responsabilidad con una o más instituciones, y con un público que a él mismo lo mira como una especie de institución. Lo que les ha sucedido a estos escritores le ha sucedido a todo un gobierno que, habiendo abandonado el modernismo, entrega al público el arte moderno que éste espera.

Yo mismo nunca me resignaré del todo a lo que esto

tiene de inevitable. En cierta forma, prefiero los trabajos iniciales de casi todos los escritores modernos antes que los subsiguientes. Nada de lo que ha escrito Faulkner desde entonces me parece tan bueno como "La paga del soldado", nada de Hemingway tan bueno como "En nuestro tiempo", nada de Eliot, tan bueno como "Preludios" y "The waste land". Claro que esto no es ser justo del todo. En muchos sentidos la obra posterior de todos estos escritores es más bella y denota mayor sentimiento moral y madurez. A pesar de ello, su cualidad desnuda, aislada, cruda, ha desaparecido. La fantasía y el ritmo han dejado de ser singularmente personales y se han vuelto responsables de una manera que despierta mis sospechas: responsables ante los editores y ante el público. Es significativo que al ganar así en autoridad respetable y en convencionalismo nuestros escritores más prestigiosos, las revistas literarias, que eran los laboratorios donde se realizaban los experimentos más audaces del siglo, hayan desaparecido casi por completo.

En la poesía moderna prefiero el ritmo que algo adecuada al conocimiento de que en la moderna sensibilidad se ha operado un cambio a causa del motor de gasolina, y no el ritmo de un oficio religioso, por muy hermoso que sea. Ninguna suma de tradicionalismo, de técnica y de madura sabiduría me permitirá del todo vencer la pesadumbre que siento por el difunto movimiento modernista.





# Editorial Costa Rica

LA EDITORIAL COSTA RICA ABRE LABORES...

La Editorial Costa Rica, entidad oficial creada por iniciativa del diputado don Fernando Volio Jiménez, por ley aprobada tras largos esfuerzos en 1959, ha comenzado a dar frutos.



Ha entrado en circulación el primer libro publicado por la editorial. Se trata de las memorias del maestro don Carlos Gagini, que él tituló "Al Tráves de mi Vida".

El nombre de Gagini es excelente para que una entidad de las posibilidades que nos ocupa, inicie sus labores. Porque su nombre y su obra resumen en mucho lo que la Editorial está llamada a ser y a hacer.

Gagini fue un hombre de estudio y de gabinete de investigación, fue un cultor de las artes y de las letras; y fue un maestro de juventudes.

La Editorial Costa Rica está llamada a ser eso: a promover la investigación, a estimular las artes y las letras, y a divulgar cultura entre los costarricenses.

Nos parece acertado que se haya iniciado la labor, con la edición de uno de los que pudiéramos llamar nuestros clásicos. No es que se reste mérito a la labor de quienes están ahora en actividad.— Pero es que al costarricense le falta a veces el sentido de su propia tradición, y por más que sea un ciudadano de fuertes virtudes cívicas, siempre parece que le falta fortaleza a su raíz.

Y es que el costarricense medio tiene (culpa quizás de la enseñanza), poca conciencia del pasado de su país. El contacto frecuente con los grandes escritores, estadistas, maestros y pensadores del pasado puede darle a nuestro lector medio una mayor comprensión de Costa Rica.— Y desde ese ángulo, es intere-

sante que la Editorial Costa Rica se lance a dar a conocer a las nuevas generaciones, la obra de las viejas.

Junto a ella, por supuesto, debe figurar la obra de los autores vivos, de los maduros y de los jóvenes; junto al escritor consagrado (si es que en un medio como éste puede usarse el adjetivo sin caer en el ridículo), debe figurar el muchacho inquieto que hace sus primeras armas en el ejercicio de las letras o del arte.

Es incalculable la influencia que una entidad como la Editorial Costa Rica puede adquirir sobre la nacionalidad costarricense. Cuando sus publicaciones sean numerosas y estén circulando por todo el territorio nacional, hasta los más remotos rincones, esa influencia comenzará a ejercerse en un sentido benéfico.

La Editorial está regentada por ciudadanos capaces, desvelados y empeñosos. Tan-

to el Consejo Directivo de la entidad, como los encargados de las ediciones, son gentes singularmente dotadas para llevar a cabo esa labor cultural.

Los señores Macaya, Ramos, Centeno, Echeverría Loria y Azofeifa, miembros titulares del Consejo, lo mismo que sus suplentes, y que el señor Francisco Marín Cañas, encargado de la edición del libro que está circulando, son individuos en quienes la cultura nacional puede tener confianza. El primer fruto de sus labores así lo demuestra.

Pero no debemos olvidar, en este comentario optimista, al Diputado Volio Jiménez, que por espacio de 5 años ha venido laborando ardua y empeñosamente, hasta ver ahora que sus trabajos comienzan a coronarse.

(Editorial tomado de "La República"), del 18 de Mayo de 1961.

## Brújula Quieta

**BRECHA SIENTE PROFUNDAMENTE** la muerte del distinguido ciudadano Lic. don Rodrigo Facio Brenes, acaecida en la República de El Salvador. El mejor de su generación, llegó a ocupar magníficas posiciones dentro de los medios culturales y financieros del país. Como Rector de la Universidad, su labor en ese centro educativo le mereció el respeto de todos y el de la juventud estudiosa de su Patria. Funcionario en Instituciones de orden financiero como es el Banco Central; le merecieron la confianza de sus compatriotas. Rodrigo Facio siempre fue un gran caballero, un distinguido ciudadano y hombre dedicado al estudio y a servir a su patria. BRECHA lamenta esta irreparable pérdida para Costa Rica y envía a su distinguida familia el profundo sentimiento de su pesar.

En el próximo número de nuestra revista, el profesor y amigo del señor Facio Brenes, don León Pacheco, escribirá un artículo en homenaje al ilustre Ex-Rector de la Universidad

La Asamblea de Autores celebrada el Domingo 7 de Mayo de 1961. Reeligió casi totalmente el Consejo Directivo de la Editorial Costa Rica, cuya primer publicación son las memorias de don Carlos Gagini que entró en circulación ayer mismo.

Los señores Fernando Centeno Güell, Lilia Ramos y Arturo Echeverría Loria, fueron confirmados en sus cargos por un año más, como directores propietarios de la Editorial, y fue nombrado, co-

mo nuevo suplente, el poeta don Gonzalo Dobles, en compañía de los dos suplentes reelectos, el Lic. Héctor Bosche y el Profesor Alfonso Ulloa Zamora. El señor Dobles sustituye al Dr. Guillermo Pacilla Castro, que no fue reelegido.

Los señores Centeno, Ramos, Echeverría, Dobles, Bosche y Ulloa, forman el Consejo Directivo de la Editorial, junto con el doctor Enrique Macaya Lahmann y el Profesor Rafael Obregón Loria, nombrado por el Poder Ejecutivo, y los Profesores Isaac Felipe Azofeifa y Guillermo Chaverri de nombramiento de la Universidad.

La Asamblea de ayer, procedió también, a completar la Directiva de la Asociación de Autores, —entidad paralela a la Editorial— que se había desintegrado por renuncia de algunos miembros. Los nuevos

directores de la Asociación son don Luis Ferrero Acosta, Secretario, el Lic. don Gonzalo Dobles, Tesorero, doña Teresa Masís de Jiménez, Segunda vocal y los señores Jorge D. Brenes y Harold Fonseca, Suplentes. Los nombrados completarán la directiva en compañía de los anteriormente nombrados, que lo eran el Lic. Alberto F. Cañas, Presidente, el Ing. Max Koberg Bolandi, Vicepresidente, el Profesor León Pacheco, Fiscal y la señora Cecilia Moreno Ulloa primer vocal.

Se conocieron los planes de trabajo de la Asociación que incluyen la organización de la participación de los artistas costarricenses en la Segunda Bienal de Arte de París a efecto de lo cual se nombró una comisión compuesta por los artistas Juan Manuel Sánchez, Jorge Gallardo, Wilber Alpizar y Harold Fonseca, y se nombró una comisión integrada por Lilia Ramos y Luis Ferrero Acosta, para gestionar la participación de Costa Rica en un plan de becas para escritores y artistas menores de 25 años, patrocinado por la UNESCO.

Asimismo el Presidente de la Editorial, señor Macaya, informó de los trabajos que lleva a cabo la nueva Institución y anunció para dentro de poco tiempo, la aparición de nuevos volúmenes con obras de Yolanda Oreamuno, Anastasio Alfaro, y Manuel Argüello Mora.

\* \* \*

**Sobre el libro de don Carlos Gagini** editado por Editorial Costa Rica, dice nuestro colaborador y amigo el escritor Alfredo Cardona Peña: "He leído ya unas cincuenta páginas del libro de Gagini, y me ha impresionado y encantado. Tiene anécdotas de oro de la Costa Rica de antaño, y todo me parece un sueño de mi tierra. La edición de Gagini está muy bien cuidada y hay que felicitar a Marín Cañas".

\* \* \*

Nos complace dar la noticia de que nuestro colabora-

dor y amigo el poeta Fernando Centeno Güell prepara para muy pronto, la edición de sus ensayos poéticos bajo el título de LOS NOMBRES DE LA LUZ.

La edición se está haciendo en México en la editorial AMERICA NUEVA y la dirección es del poeta Mauricio de la Selva.

\* \* \*

**El Hombre y El Cosmos** Síntesis de una filosofía, es el último libro de nuestro colaborador y amigo el filósofo MOISES VINCENZI. Es este libro una síntesis de la obra filosófica del autor y de él se ha dicho por la crítica extranjera que es la que hasta ahora se ha ocupado más de esta obra que "Cualquier libro de Historia de la Filosofía que no tome en cuenta esta obra en América, será fundamentalmente incompleto". Esta obra definitiva en la producción literaria y filosófica del maestro Vincenzi, se encuentra a la venta en el Departamento de Libros de la Librería Lehmann. También adelantamos la noticia que en la próxima edición de BRECHA vendrá un interesante capítulo de este importante libro de Filosofía.

\* \* \*

**BRECHA no quiere dejar desapercibida** la grata emoción sentida por la forma en que está encauzando su divulgación cultural el periódico La Nación. El Salón de Conferencias tiene un alto valor. Por él han desfilado grandes

exponentes de nuestra vida del espíritu y se proyectará más cada día sobre el campo de nuestra cultura. También queremos hacer mención especial a la página literaria de los sábados que refleja un sentido de dirección hacia lo tico, hacia lo olvidado nuestro, hacia la dignificación de los que en esta tierra crean. Nos parece magnífica y la queremos ver siempre mejorando.

Felicitaciones para todos, principalmente a don Ricardo Castro Beeche y a Carlos Vargas Gené.

\* \* \*

**Se nos dice que hay mucha actividad** teatral en estos últimos días; en los teatros de cámara EL ARLEQUIN Y LAS MASCARAS así como en el Teatro Universitario y el del Conservatorio Castilla. Es halagador oír estas noticias, pues creemos que es muy importante que el país se entere de la actividad teatral que es un reflejo del grado de cultura de nuestra patria. El crítico Guido Fernández nos ha ofrecido un artículo sobre el Teatro en Costa Rica, su vida presente y su futuro, su pasión y su lucha.

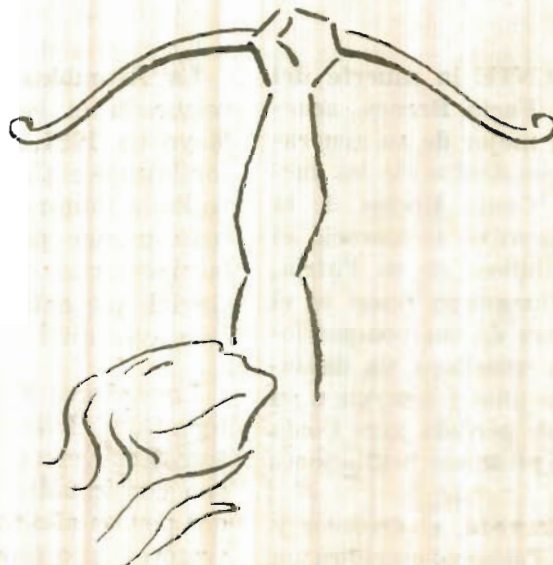
\* \* \*

**En la entrega correspondiente** al 13 de enero de 1961 de The Times Literary Supplement, de Londres, T. S. Eliot escribe sobre uno de los más grandes periodistas ingleses dedicados a empresas culturales, Bruce Lyttelton Richmond. En uno de los párrafos, Eliot dice: "Una lec-

ción que aprendí colaborando en el suplemento literario del Times, dirigido en esos años por Richmond, se refiere a la disciplina del anonimato. Los artículos y notas críticas con los que cursé mi aprendizaje, publicados en The Atheneum que dirigía Murry, siempre aparecieron firmados. Estoy firmemente convencido de que todos los jóvenes críticos literarios deberían aprender a escribir en algún suplemento en el que la colaboración bibliográfica aparezca en forma anónima. Richmond no vaciló en objetar o mutilar mis textos, y siempre tuve que admitir que tenía razón. Aprendí a moderar mis aversiones y chifladuras, a escribir de manera sobria e imparcial. Aprendí también que algunas cosas, permisibles cuando aparecen firmadas, son de insípida excentricidad o violencia indebida cuando aparecen sin firma. El escritor de artículos no firmados debe subordinarse al editor responsable —pero éste debe ser un hombre a quien el escritor pueda subordinarse y conservar, al mismo tiempo, su propio respeto. Es asimismo necesario que el editor lea cada palabra de las que publica; es de mucha mayor responsabilidad para él lo que aparece de modo anónimo que lo que va amparado por la firma de un escritor". El consejo de Eliot desgraciadamente casi no se practica en nuestros países. Una excepción: las notas bibliográficas que aparecen dominicalmente en La Nación de Buenos Aires. Aparecen sin firma. ¿Las leerá detenidamente el director del suplemento? Algunas son modelo en su género.

**El escritor Mario González Feo** ha recogido lo mejor de su producción literaria en un libro que lleva el título de NIHIL.

González Feo tiene gran originalidad e inteligencia; una personalidad muy definida; y gran sinceridad como escritor. Seguramente el libro, o sea su producción literaria ya ordenada, revele otras facetas de este escritor, que no se han podido captar en su producción para los periódicos o revistas. Felicita-



mos muy sinceramente a González Feo y le deseamos mucho éxito.

El libro está ilustrado por la pintora Luisa González de Sáenz, cuya fina sensibilidad de línea se hace patente en los magníficos dibujos.

Dirigió la parte técnica de la edición el escritor Francisco Marín Cañas.

\* \* \*

**Un editorial del Suplemento Literario del Times de Londres** afirma que el interés de los lectores ingleses ha cambiado definitivamente de rumbo: ha abandonado su predilección por la novela y la biografía novelada y se dirige decididamente a los libros de viajes. La fiebre por el libro de relatos de sencillas aventuras ha llegado al extremo de haber hecho cambiar de sentido a ese tipo de literatura: antes los viajeros que cumplían una experiencia de interés, descubriendo pequeños o grandes mundos, observando costumbres de pueblos ignorados, paisajes extraños, se creían obligados a difundir el resultado de sus experiencias y surgió así la rica y densa literatura de los grandes viajes. Hoy la cosa es distinta: "Podemos decir que los autores de libros de viajes victorianos —como Burton, por ejemplo, o Kinglake— escribían porque eran viajeros; en cambio, muchos de nuestros jóvenes contemporáneos hacen un viaje porque desean escribir...", dice el editorialista, y agrega que no se trata de grandes aventuras como las del siglo XV o XVI; ahora hasta con intentar pequeños viajes dentro de la isla para que el relato pueda servir después a un éxito editorial... Y hay editoriales que costean la "excursión" con la esperanza de obtener materia prima para un libro más en la línea que hoy tiene tan intensa demanda. No es difícil deducir que, si todo esto fuera verdad, la literatura inglesa no pasaría por uno de sus momentos más brillantes.

\* \* \*

Entre las respuestas que dió Gabriel Marcel a la revista española índice sobre

filosofía de nuestro tiempo, complejos del intelectual y algunas otras cuestiones de índole literaria, copiamos el párrafo siguiente: "Pienso —escribe Marcel— que el intelectual... es un tipo social más o menos reciente... Es necesario señalar en él un complejo de superioridad que no es —por otra parte— más que la expresión superficial de un complejo inverso —de inferioridad—. Este doble complejo se explica por el hecho de que goza de un prestigio aparente —en realidad es

despreciado por los hombres de acción, más todavía por los poderosos del dinero: estos últimos le tratan como un instrumento, insuficientemente dócil a veces, y del que se puede hacer un uso a bajo precio".

La Sala Tazara es en nuestra patria una institución cultural. Es sin lugar a dudas el esfuerzo artístico individual que más proyecciones ha tenido en nuestro medio. Hija del entusiasmo de los señores Tazara, su vida ha ido desarrollándose dentro de

una sobriedad intelectual y artística, que la colocan en primera línea, entre las actividades culturales de nuestro país. La Sala Tazara presta un valioso contingente a todas aquellas actividades artísticas: conferencias, recitales, conciertos de canto y de música selecta y funciones de Ballet. BRECHA siempre atenta a toda manifestación de cultura, felicita a los señores Tazara y les desea cada día mayores éxitos para honra y gloria de nuestra cultura nacional.

**ESPERE**  
siempre lo  
**INESPERADO**

**Esté usted  
preparado para  
cualquier emergencia**

PREVENCIÓN DE RIESGOS



**Instituto Nacional de Seguros**

# MIGUEL MACAYA & Cía.

MAQUINARIA AGRICOLA E INDUSTRIAL, LTD.

Maquinaria para la Agricultura y la Industria

Maquinaria Agrícola en una línea completa.

Tractores "International" (de Ruedas y de Oruga).

Motores Diesel "Petter".

Equipo para construcción de carreteras.

Compresores de aire "Worthington"

Equipo de Refrigeración.

Bombas para agua "Worthington".

Equipos para Fumigación de café y árboles "Myers".

Aplanadoras y Motoniveladoras "Galion".

Palas Mecánicas "Link-Belt".

Quebradores de Piedra "Universal"

SURTIDO DE REPUESTOS

TALLER DE SERVICIO

CONSULTE NUESTROS PLANES DE FINANCIACION

EDIFICIO INTERNATIONAL

75 VARAS NORTE HOTEL EUROPA

Teléfonos: 5830-5831

Apartado: Letra "A"

*Las bellezas naturales y la cultura del pueblo de Costa Rica, son el fundamento básico para competir en el mercado Turístico Internacional.*

**Colabore con el**

## INSTITUTO COSTARRICENSE DE TURISMO

Una institución autónoma para el fomento del turismo como medio de robustecer la economía nacional y fuerte vínculo de unión entre los pueblos del mundo.